

# III

## La Expedición de Gil González a Costa Rica y Nicaragua

C O M E N T A R I O

í

**PASARON VEINTE AÑOS**, después del Cuarto Viaje de Colón, antes que los españoles se aventuraran por el territorio de Nicaragua. Fue necesario poblar antes el *Darién*, descubrir el océano Pacífico y explorar la costa hacia el oeste de Panamá.

Entre 1522 y 1523 una partida de cien españoles, al mando de Gil González Dávila, hizo una travesía a pie desde *Chiriquí* hasta las costas del lago de Nicaragua, mientras el piloto Andrés Niño exploraba el litoral del Pacífico del istmo centroamericano.

Rescatando oro y bautizando indios, el grupo avanzó por el presente territorio de Costa Rica, y a partir del *golfo de Nicoya* encontró tribus con evidentes características de las culturas mesoamericanas del norte, entre ellas las de lenguas chorotega y nahuateca. En las orillas del lago de Nicaragua fueron amigablemente acogidos por el cacique del mismo nombre, quien aparentemente aceptó las demandas de los conquistadores para recibir el bautismo y someterse al vasallaje del rey de Castilla, entregando además cierta cantidad de oro a los visitantes. Más adelante, sin embargo, los conquistadores se encontraron con la enconada resistencia del cacique *Diriangén*, quien les cortó el paso y obligó a regresar por la vía andada.

Un descubrimiento considerado entonces como notable fue el hallazgo de la *Mar Dulce*, como los españoles primeramente llamaron al gran lago de Nicaragua. Sospecharon que tenía salida hacia el *Mar del Norte* (Caribe), la que eventualmente facilitaría por un lado la comunicación con otras tierras ya conquistadas por los españoles, y por el otro el acceso a la *Mar del Sur* (Pacífico), obviando el paso a través del istmo de Panamá, o *Castilla del Oro*, donde gobernaba el codicioso Pedrarias Dávila.

La carta del capitán Gil González al emperador Carlos V—presentada a continuación—es la fuente más auténtica sobre la primera incursión de los españoles a Nicaragua, no obstante su estilo pesado y anticuada dicción, que hemos tratado de suavizar, para mejor entendimiento, sin atentar contra la fidelidad de su contenido.

Al momento de escribir la carta, en marzo de 1524, Gil se encontraba en la isla *Española*, dispuesto a reiniciar la incompleta conquista de Nicaragua. Tenía armada una flota para entrar de nuevo al país por la costa norte de Honduras, donde esperaba encontrar el desaguadero de la *Mar Dulce*. Ignoraba que para entonces otro conquistador, Francisco Hernández de Córdoba, actuando bajo las órdenes de Pedrarias, estaba batallando en Nicaragua y afianzando la conquista a favor de este usurpador, y que Hernán Cortés, por su lado, enviaba a Cristóbal de Olid para asegurar a sus dominios las riquezas auríferas de Honduras.

Enredado en disputas con los capitanes competidores y conjurado en la muerte de Olid, Gil fue remitido a España. Aunque el juicio lo absolvió de culpa, no pudo gozar del cargo como primer Gobernador de Nicaragua por haberle sorprendido la muerte en aquella península poco después.

## ii

**DEBEMOS AL TESORERO** de la expedición, Andrés de Cereceda, la cuantificación de los logros materiales y morales que resultaron de la incursión de Gil González a Nicaragua, así como la única

lista de los caciques o cacicazgos que, al tiempo de la conquista y en forma sucesiva, poblaban u ocupaban la región del Pacífico en amplio territorio que se extendía desde el oeste de Panamá hasta el sur de Nicaragua.

Durante la caminata de 224 leguas, que llevó a cabo desde finales de enero de 1522 hasta mediados de abril de 1523, Gil González visitó más de cincuenta caciques, nombrados por Cereceda en su inventario. Claramente se nota que aquellos que vivían en las regiones selváticas del sureste de Costa Rica aportaron muy poco oro, mientras los que ocupaban las tierras secas de Nicoya y Rivas entregaron la mayor contribución. Como estos últimos lugares no son productores del codiciado metal, es válido pensar que sus influyentes caciques lo obtenían por trueque con otras tribus que tenían acceso a los placeres auríferos, posiblemente en las regiones de *Veragua, Tilarán, Chontales, Segovia y Olancho*.

La cantidad de oro colectada por los españoles ascendió a 112,524 pesos oro. Aunque carecemos de elementos para traducir esa cantidad a su equivalente valor actual, valga decir, a manera de comparación, que con mil de ellos Gil González logró comprar una carabela que lo transportó a la isla de Santo Domingo. Una quinta parte de la ganancia fue destinada a las arcas reales, según lo convenido, y enviada a España bajo la custodia del mismo Cereceda, quien llevó además la carta de su jefe al emperador, mapas y otras informaciones concernientes a la expedición.

Un aspecto íntimamente ligado al proceso de la conquista era la evangelización y bautismo de los indígenas. Para este efecto Gil González llevó consigo al fraile mercedario Diego de Agüero, que mojó la crisma con agua bendita a 32,264 nuevos conversos, a juzgar por la cuenta de Cereceda. Obviamente el sacramento no tenía gran validez, por cuanto fue realizado en forma masiva y después de una prédica que los indios no entendían. Posiblemente los indígenas lo aceptaban por obediencia a sus caciques, la mayoría de los cuales claudicaron tácitamente ante los términos del *Reque-*

rimiento presentado por los españoles. En esta declaración se estipulaba, entre otras cosas, que el rechazo a la religión cristiana y al vasallaje de la corona española significaba guerra. La insincera conversión de los indios quedó demostrada cuando cinco años después otro fraile mercedario, Francisco de Bobadilla, recorrió los pueblos indígenas de Nicaragua, levantando una encuesta entre los caciques. Algunos de ellos respondieron al religioso que no se sentían cristianos y que habían olvidado hasta el nombre de pila que les habían puesto los primeros conquistadores.

### iii

**LA CARTA ENVIADA** por el capitán Gil González al Emperador Carlos V, más otros documentos referentes a la primera incursión española a los territorios de las presentes Costa Rica y Nicaragua, sumados a la información verbal que presentó el tesorero Andrés de Cereceda, fueron recogidos y comentados por Pedro Mártir de Anglería en ocho capítulos de sus célebres *Décadas* como '*correspondencia pontificio*' de los papas Adriano, León y Clemente.

El erudito y curioso fraile confirma y complementa con sus escritos la relación de Gil González, presentándola y comentándola en forma elegante y discreta, confiando en que las cartas, enviadas al arzobispo de Coehenza, serían leídas y apreciadas por el pontífice de Roma.

Tres son los asuntos novedosos que más importan en la narración de Anglería, casualmente aquellos que el cronista clasifica como '*investigaciones ociosas*', pero que podían llegar '*a manos de los hombres estudiosos*', a saber: la detallada argumentación que sobre temas cósmicos y religiosos sostuvo el capitán español con el cacique Nicaragua, de la cual se puede inferir buena parte de las creencias de los indígenas; la descripción de la plaza y orfebrería del cacique, donde se labraban hachas y ornamentos de oro; y las referencias sobre los ritos sanguinarios y antropofagia que practicaban aquellos pueblos, y que indudablemente los identi-

tifican como de herencia e influencia mexicanas, tal como lo confirmara después el cronista Juan de Torquemada.

## iv

**LA NARRACIÓN DEL CRONISTA** Gonzalo Fernández de Oviedo sobre la expedición de Gil González a Nicaragua no añade sino pocas noticias a las tres versiones anteriores, en cuanto se refiere a la aventura en sí. No obstante, debido a que Oviedo inserta ciertas digresiones en su relato y es abundante en comentarios y pareceres personales, su narración al fin y al cabo enriquece la comprensión del proceso de la aventura del capitán Gil González y del momento histórico en que ésta se llevó a efecto.

Aspecto importante en la versión de Oviedo es la presentación de los antecedentes sobre la expedición, como una consecuencia de la muerte de Vasco Núñez de Balboa, a quien estaba reservado el descubrimiento de Costa Rica y Nicaragua si el gobernador de Castilla del Oro, Pedrarias Dávila, no hubiera mandado a ejecutarle antes. Sin embargo, quedó el deseo de la exploración entre algunos pilotos y gente de Panamá que querían aprovechar los barcos que el infortunado Adelantado tenía hechos para continuar con el descubrimiento de la *Mar del Sur* en dirección al poniente.

El relato de Oviedo al respecto de la expedición de Gil González y de Andrés Niño es valioso como testimonio, no obstante que el cronista se encontraba entonces en España gestionando la remoción de Pedrarias de la gobernación de Castilla del Oro. Habiendo sin embargo vivido en Panamá poco antes del acontecimiento y, a su vuelta de la corte, radicado en Nicaragua, conoció todo el intríngulis de la expedición y tuvo trato con varios protagonistas que tomaron parte en la organización y conducción de la misma.

Sin ambages presenta Oviedo la conducta del gobernador Pedrarias quien puso reparos a Gil González, no obstante tener éste autorización real para la exploración que lo llevaría a Costa Rica

y Nicaragua y, después de verificada ésta, tratando de arrebatarse el oro obtenido durante la misma. También se refiere el Cronista de las Indias a la segunda expedición de Gil a Nicaragua, esta vez cuando venía por la costa norte de Honduras, para evitar al gobernador Pedrarias, y porque a lo largo de ese litoral esperaba encontrar la salida de las aguas de la *Mar Dulce* que había anteriormente descubierto. Oviedo describe el encuentro del capitán con los emisarios del otro conquistador de Nicaragua, Hernández de Córdoba, quien fuera enviado en el interim por Pedrarias a posesionarse de las tierras descubiertas por Gil González.

Inserta el cronista en medio de su narración una descripción del *golfo de Nicoya*, con las islas, producciones y las costumbres de sus habitantes, donde los barcos de Niño anclaron y Gil González tomó cuatro caballos y cien hombres para continuar su caminata por las ricas provincias de *Nicoya* y *Nicaragua*. También relata Oviedo los accidentes litorales que se encontraban entre los golfos de *Nicoya* y *Fonseca*, costa recorrida por Andrés Niño, sin que este piloto, descubridor de la *bahía de Corinto* y del *golfo de Fonseca*—y posiblemente de las costas de El Salvador y Guatemala—haya dejado más información que los autos de posesión que hiciera en ambos lugares a nombre de los soberanos españoles.



**LA NARRACIÓN** de Francisco López de Gómara sobre la conquista de Nicaragua fue presentada en su *Historia General de las Indias*, escrita unos 30 años después de acontecida, sin que para entonces la hazaña hubiera perdido veracidad o frescura, tal como la relata fielmente este religioso, quien fuera capellán y secretario del famoso conquistador de México, Hernán Cortés.

La narración, en efecto, está presentada en un estilo conciso, con agilidad y gracia, como si el autor tratase de hacer un breviarío de lo escrito al respecto por los cronistas que le antecedieron. Hay en ella, sin embargo, pequeños detalles, aunque no significa-

tivos, que revelan que el autor usó, si no un poco de su imaginación, al menos otros testimonios o fuentes que desconocemos, como se puede leer en los detalles que ofrece sobre el célebre diálogo sostenido entre Gil González y Nicaragua, en la reacción de *Diriangén* ante la intromisión de los conquistadores y en otras informaciones originales concernientes a la provincia de Nicaragua y a sus pobladores en general.

En su versión, Gómara insiste en que el móvil de la expedición fue principalmente la búsqueda de aquel hipotético estrecho que permitiría, a través de la comunicación interoceánica, el acceso a las islas *Molucas*, ricas en especiería. Esta fue una de las razones por las cuales el capitán obtuvo la concesión y el favor real para emprenderla. El cronista fue siempre un convecido de la ventaja de abrir esa ruta al comercio, '*para mayor Gloria de España*', como una vez escribiera al emperador Carlos V.

## VÍ

**LA ÚLTIMA RELACIÓN DETALLADA** sobre el viaje de Gil González a Nicaragua y Costa Rica la ofrece Antonio de Herrera en su *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, escrita a finales del siglo XVI. Como hábil copista supo extraer de los cronistas que le precedieron buena parte del material con que elaboró su obra; la intención del calco es notoria en algunas partes de la misma, siendo posible, por ejemplo, leer el texto a la par de la versión dada por Gómara.

No obstante la falta de originalidad del historiador Herrera, la concatenación que hace—en la parte que corresponde a la conquista de Nicaragua—de los hechos que siguieron, proporciona a los lectores un sentido de continuidad para entender esa época y proceso, sobre lo cual volveremos a insistir más adelante en esta presentación de documentos primarios sobre los descubrimientos.

# Carta del Capitán Gil González Dávila al Rey de España

dándole cuenta del Descubrimiento  
de los territorios de Costa Rica y Nicaragua

---

*Muy alto y muy poderoso católico príncipe Rey y Señor.* Esta será para que vuestra majestad sepa como loores a Nuestro Señor y su gloriosa Madre yo llegué a *Panamá*, que es en la *Mar del Sur* de tierra firme, de vuelta del descubrimiento que vuestra majestad me mandó hacer, a cinco días de junio del año pasado de quinientos veinte y tres años, con ciento doce mil pesos de oro, la mitad de ello muy bajo de ley, que los caciques de la costa al poniente dieron de servicio para vuestra majestad, y de jo tornados cristianos 32,000,<sup>1</sup> y tantas ánimas así mismo de su voluntad y pidiéndolo ellos, y quedan andadas por mar desde la dicha *Panamá* de donde partimos 650 leguas al poniente y en este cometido quedan descubiertas por tierra que yo anduve a pie 224 leguas,<sup>2</sup> en las cuales descubrí grandes pueblos y cosas hasta que topé con la lengua de *Yucatán*<sup>3</sup> y soy venido a la *isla Española* donde con Andrés de Cerezeda, tesorero de esta dicha armada envió a vuestra majestad diez y siete mil pesos de oro de ley que le cupieron,<sup>4</sup> desde diez y ocho quilates hasta doce, y de otro oro de hachas más bajo quince mil trescientos sesenta y tres pesos, que dice el fundidor de tierra que halló que tenía doscientos maravedíes de oro cada peso, como parece por la fe del mismo fundidor que con ésta envió, de más de otros seis mil ciento ochenta y dos pesos de cascabeles que dicen que no

---

<sup>1</sup> Indios bautizados durante la expedición

<sup>2</sup> Desde Chiriquí en Panamá, hasta el río Ochomogo en Nicaragua

<sup>3</sup> Se refiere mas bien a los grupos chorotegas y nicaraos cuyas lenguas eran afines con algunas que se hablaban en México

<sup>4</sup> El quinto real, o quinta parte del oro obtenido, era destinado a la Corona.

tienen ley ninguna. Lo cual todo va repartido en las cinco naves que ahora van como vuestra majestad lo tiene mandado en estas partes. Y si vuestra majestad quisiere saber lo que en este medio tiempo me ha sucedido y lo más breve que he podido sacar de la *Relación General* de todo el viaje, suplico a vuestra majestad mande leer lo que se sigue.

Después de hechos otros navíos en la *isla de las Perlas*,<sup>5</sup> porque los cuatro primeros que se hicieron en la tierra firme cuarenta leguas en un río arriba se perdieron, como a vuestra majestad en las cartas antes de ésta escribí, quedome tan poca gente y tan flaca de trabajos de haberlos hecho que no osaba partir con ella y después de haber ido a *Panamá* donde estaba Pedrarias a pedirle y requerirle de parte de vuestra majestad que dejase ir conmigo alguna gente de la que conmigo quisiese ir, como por los requerimientos que con ésta envío, pareciera nunca haber hallado en él la salida, ni respuesta que para ésto convenía, me volví a la dicha *isla de las Perlas* que es en la mar doce leguas frontero de Panamá y de ahí partí a hacer el descubrimiento que vuestra majestad me mandó hacer por la mar del sur al poniente, en veintiuno de enero del año [mil] quinientos veintidós.

Ya que teníamos navegadas cien leguas por la costa al poniente, avisáronme los marineros que toda la vasija del agua estaba perdida, que no sostenía ninguna agua y tal que no se podía remediar sin hacer otra y según pareció ser la causa no ser los arcos de hierro y también me avisaron que los navíos estaban muy tocados de *broma*.<sup>6</sup> Por esto fue forzado sacar en tierra todas las cosas de los navíos y a ellos mismos para adobarlos y hacer otra vasija de nuevo con arcos de hierro, que no fue poca osadía según la parte donde estaba.<sup>7</sup> Pues sacados los navíos y la fragua y herreros, para hacer los arcos y los aserradores para la madera, despaché un bergantín a *Panamá*, donde

<sup>5</sup> Situada en el golfo de Panamá o San Miguel

<sup>6</sup> Un molusco que perfora el casco de los barcos

<sup>7</sup> En la costa de Chiriquí

Pedrarias estaba, por pez para brear los navíos. Pues como yo con la gente aunque poca no me pudiese sostener allí donde los navíos estaban por falta de mantenimientos y por no... [roto]... a los marineros que habían de guardar los navíos, lo que había, y a los oficiales que trabajaban en hacer la vasija, fue necesario meterme la tierra adentro con hasta cien hombres, aunque en ellos había harta hijada para sostenerme con ellos en tanto que la pez venía y se hacía la vasija.

Caminando yo siempre por la tierra adentro al poniente, metido algunas veces tan lejos de la costa por hallar poblado donde me sostuviese, muchas veces me hallé arrepentido. Dejé mandado a Andrés Niño, que con los navíos quedaba, que una vez venida la pez y adobados y hecha la vasija para el agua, que se viniesen la costa abajo al poniente y que andadas ochenta o cien leguas, si llegaba antes que yo, me esperase en el mejor puerto que por la comarca hallase, porque así lo haría yo si llegase primero.

Y andando yo en este medio tiempo por la tierra adentro, sosteniéndome y tornando cristianos muchos caciques e indios, a causa de pasar los ríos y arroyos, muchas veces a pie y sudando, sobrevínome una enfermedad de tullimiento en una pierna, que no podía dar un paso a pie, ni dormir las noches ni los días de dolor, ni caminar, puesto que me llevaban en una manta atada en un palo muchas veces indios y cristianos en los hombros, de la cual manera caminé hartas jornadas. Pero por causa de caminar de esta manera, me era el caminar muy dificultoso y por las muchas aguas que entonces hacía, que era invierno, hube de parar en la casa de un cacique muy principal, aunque con harto cuidado de velarnos.

El cacique tenía su pueblo en una isla que tenía diez leguas de largo y seis de ancho, la cual hacía dos brazos de un río, el más poderoso que yo haya visto en *Castilla* [del Oro],<sup>8</sup> pueblo donde tomé la casa del *cacique* por posada y era tan alta como una mediana torre hecha a manera de pabellón, armada sobre

<sup>8</sup> El río Térraba, al sureste de Costa Rica

postes y cubierta con paja, y en medio de ella hicieron para que yo estuviese una cámara, para guardarme de la comunidad, sobre postes, tan alta como dos estados.

A los quince días que llegué llovió tantos días que crecieron los ríos tanto que hicieron toda la tierra una mar y en la casa donde yo estaba, que era lo más alto, llegó el agua a dar a los pechos a los hombres. Al ver ésto la gente de mi compañía, uno a uno, me pidieron licencia para irse fuera del pueblo, a valerse en los árboles alrededor y quedé yo con la gente más de bien, en esta gran casa, esperando lo que Dios quisiese hacer, creyendo que no bastaría el agua para derribarla. Y estando ellos y yo a la medianoche con harta sospecha y temor de lo que acaecía, teníamos en lo alto de la casa por dentro una imagen de Nuestra Señora y una lámpara de aceite que la alumbraba, y como la furia del agua creciese mientras más llovía, a la medianoche quebraron todos los postes de la casa y cayó sobre nosotros y derribó la cámara donde yo estaba y quedé yo, con unas muletas que traía, de pies encima de la dicha cámara, el agua en los muslos, y llegaron las varas de la techumbre al suelo, y quedaron los compañeros el agua a los pechos sin tener parte por donde resollar. Plugo a Dios, por quien él es, que con cuanto golpe la casa hizo al caer, no se murió la lámpara que teníamos delante de la imagen de Nuestra Señora, y fue la causa que como la casa dió sobre el agua y vino poco a poco sin dar golpe en el suelo, no hizo fuerza para que la lámpara se muriese.

Como quedamos con lumbre pídose hallar manera con que saliésemos de allí, y fue que rompieron con una hacha la techumbre de la casa y por allí salieron los compañeros que conmigo se habían quedado, y a mí me sacaron en los hombros, que los otros todos, el día antes, se habían ido con mi licencia a salvarse a los árboles y sus indios que traían de servicio. De esta manera me llevaron dando voces para que los compañeros nos pudiesen oír y juntarnos con ellos. Ya que nos juntamos pusiéronme en una manta atada con dos cordeles a dos árboles, y allí estuve hasta la mañana, lloviendo lo posible. Allí estuvimos dos días hasta que

el agua menguó y tornaron los ríos a sus madres. Y por si otra vez tornasen a crecer de la misma manera, hicimos hacer yo y todos, en los árboles, con varas, a manera de sobrados y tejados con rama y hojas, de manera que teníamos luego en ellos los dichos sobrados y otras dos veces nos venimos huyendo.

Quedó toda la tierra tan enlamada y tan llena de árboles caídos y atravesados, que los ríos trajeron, que a gran pena los compañeros podían andar sobre ella. Allí se nos perdieron muchas espadas y ballestas, y vestidos y muchas rodelas, de cuya causa hice hacer muchas adargas de algodón bastado para los compañeros, en lugar de las rodelas perdidas, y también para los cuatro de a caballo que después de juntado con los navíos saqué a tierra.

Pues como así mismo el agua nos llevase los mantenimientos, fueron forzados ir a buscar donde hubiese que comer y como nuestro fin fuese volver a la costa de la mar, que había diez leguas hasta ella, y por tierra no podíamos ir, fue forzado hacer balsas de maderos grandes y alados unos sobre otros, puesto encima nuestro fardaje y los indios que nos servían, fuimos en ellas el río abajo hasta llegar a la mar, que seríamos más de quinientas ánimas, y de ventura como algunos compañeros llegaron de noche, arrebatólos la corriente del río y sacólos a la mar a media noche, metiéndolos la resaca muchas veces debajo del agua. Al siguiente día desde la costa los veíamos dos leguas la mar adentro, que como la menguante de la mar los llevó, la creciente los tornaba hacia tierra con todo. Yo mandé luego que en otras balsas pequeñas saltasen hombres sueltos nadadores y fueron allá y los trajeron, a los cuales ayudaron tales que ya se dejaba de ayudar, plugo a Dios, por quien él es que no se perdió ninguno.

Una vez recogidos, caminé por la costa de la mar al poniente hasta que llegué a un golfo que se llama el *golfo de San Vicente*,<sup>9</sup> que es donde hallé a Andrés Niño, que acababa de llegar con los navíos adobados y la vasija del agua hecha; y vistos pensé

<sup>9</sup> A la entrada del golfo de Nicoya

embarcarme en ellos y hacer el descubrimiento con los marineros, porque no tenía pierna para andar por tierra, a caballo ni a pie, y dejar a un teniente mío en tierra con los hombres que yo traía; y como la gente de mi compañía lo supo comenzó a sentir soledad, pensando quedar sin mí, porque en la verdad ya habíamos comenzado a topar mayores caciques, y visto yo ésto y considerando que tenían razón, envié a mi teniente con Andrés Niño y a otros dos pilotos juramentados para que midiesen y contasen las leguas que se andaban en el dicho descubrimiento, y yo quedé con mis cien hombres y cuatro caballos prosiguiendo mi descubrimiento por tierra y por la costa al poniente, porque aquella era la verdad para que vuestra majestad fuese servido, como lo fue con pensamiento de pacificar los caciques que topase y hacerlos vasallos de vuestra majestad por manera de bien, y a los que no quisiesen, hacerlo hacer por fuerza como lo hice.

Pues partidos los dos navíos a descubrir y dejados otros dos en dicho *golfo de San Vicente* para que a los descubridores de por mar y de por tierra nos esperasen allí con 11,000 castellanos de oro que ya teníamos, yo partí por tierra haciendo muchos caciques amigos y vasallos de vuestra majestad y tornándose todos cristianos muy de su voluntad y llegué a un cacique que se llama *Nicoya*, el cual me dió de presente 14,000 castellanos de oro y se tornaron cristianos muy de su voluntad 6,000, y tantas personas con él, y sus mujeres y principales quedaron tan cristianos en diez días que estuve allí que cuando me partí me dijo el *cacique* que pues el ya no había de hablar con sus ídolos que me los llevase. Y dióme seis estatuas de oro de grandura de un palmo y me rogó que le dejase algún cristiano que le dijese las cosas de Dios. Lo cual yo no osé hacer por no aventurarlo y porque llevaba muy pocos.

Como hube andado cincuenta leguas tuve nueva de un gran cacique que se llama *Nicaragua* y muchos indios principales que conmigo llevaba me aconsejaron que no fuese allá porque era muy poderoso, y aún muchos de los compañeros que iban conmigo me aconsejaban lo mismo, pero la verdad es que yo iba

determinado de no volver atrás hasta hallar quién me estorbaba por fuerza de armas de ir adelante, y como llegué una jornada antes de su pueblo envié a decir lo que a los otros *cacique* solía. Y es que yo era un capitán que el gran rey de los cristianos enviaba por aquellas partes a decir a todos los caciques y señores de ellas que supiesen todos que en el cielo más arriba del sol hay un Señor que hizo todas las cosas y los hombres, y que los que esto creen y lo tienen por Señor y son cristianos, cuando mueren van arriba donde él está, y los que no son cristianos van a un fuego que está debajo de la tierra, y que a todos los señores y caciques de atrás hacia donde el sol nace lo había dicho, y todos los creen así, y lo tienen por Señor y son cristianos y quedan vasallos del gran Rey de Castilla y que a todos los caciques y señores de do hacia el sol se pone lo había de decir, porque este mismo Dios así lo manda. Que estén en su pueblo él y sus indios y que no haya miedo, que yo le diré otras cosas muy grandes de este mismo Dios que habrá placer de saberlas, y que si esto no quisiere hacer, ni ser vasallo del gran rey de los cristianos, que se salga al campo de guerra que yo seré con él otro día.

Este mismo día en la tarde unos espingarderos que llevaba, probando la pólvora, pusieron fuego a su posada y a la mía y quemáronse a ellos mismos, que fueron tres, que no fue poca turbación entre los compañeros por ser en víspera de tal día como esperábamos; por allí se dijo a todos lo que convenía y quedaron con harta menos escándalo, los cuales dejé allí a curar y un otro hombre con ellos.

Al siguiente día, como yo llegué una legua de su pueblo, hallé cuatro principales y los míos que me dijeron que el cacique me esperaba en su pueblo, de paz; y llegado aposentóme él mismo en una plaza y casas de alrededor de ella y luego me presentó parte de quince mil castellanos, que en todo me dió, y yo le di una ropa de seda y una gorra de grana y una camisa mía y otras muchas cosas de Castilla. En dos o tres días que se le habló de las cosas de Dios, vino a querer ser cristiano él y todos sus indios y mujeres, en que se bautizaron en un día 9,017 ánimas

chicas y grandes y con tanta voluntad y tanta atención que digo verdad a vuestra majestad que vi llorar algunos compañeros de devoción y diciendo los primeros a ellos y a ellas aparte, como Dios es testigo, que este Dios que hizo todas las cosas no quiere que nadie se torne cristiano contra su voluntad, y con todo esto dijeron que querían ser cristianos y cristianas. Aquí estuve ocho días y puse dos cruces como en los otros pueblos traía de costumbre, una muy grande en unos montones grandes de gradas que en cada lugar en la plaza hay, que sin duda no parece sino que los mismos montones están pidiendo las cruces, y dejé otra en su mezquita, que él mismo la llevó en sus manos a que allí se pusiese, y quedó encima de un altar atada por pie y hecho un monumento de mantas pintadas y muy devota.

Pasados los ocho días me partí a una provincia que está a seis leguas adelante, donde hallé seis pueblos legua y media y dos leguas uno de otro, de dos mil vecinos cada uno, después de haberles enviado a decir el mensaje y cosas que a este cacique *Nicaragua* [dije], y aposentándome en un pueblo de ellos, y después de venirme todos los señores de ellos a ver y héchome presente de oro y esclavos y comida, como es su costumbre, y como ya ellos sabían que *Nicaragua* y sus indios se habían tornado cristianos, casi sin hablarse lo vinieron a quererlo ser, y cada día se venía a bautizar un señor de cada pueblo con su gente y hecho ésto venían cada día a decirme que fuese el clérigo<sup>10</sup> a sus pueblos a hablarles de Dios, y así se hacía y madrugaban los del un pueblo y del otro para [ver] cuál le llevaría antes.

Estando en medio de esta buena obra ya dicha, parece que supieron de mí otros caciques grandes que estaban más adelante, y debían saber lo que los otros caciques hacían conmigo, y uno de ellos que se dice *Diriangen* vino a ver de esta manera: Trajo consigo hasta quinientos hombres, cada uno con una pava o dos en la mano, y tras ellos diez pendones, y tras ellos diez y siete mujeres, todas casi cubiertas de patenas de oro y doscientos y tantas hachas de oro bajo, que pesaba todo diez

<sup>10</sup> Diego de Agüero, fraile mercedario

y ocho mil castellanos, y más atrás cerca de sí y de sus principales venían cinco trompetas, y en llegando cerca de la puerta de mi posada tocaron un rato y acabado entraron a verme con las mujeres y el oro. Mandéles preguntar que a qué venían y dijeron que a ver quien éramos, que les había dicho que éramos una gente con barbas y que andábamos encima de unas alimañas, que por ver quien éramos y lo que queríamos venía a vernos, yo mandé a la lengua que les dijese todo lo que se había dicho al cacique *Nicaragua*, y ellos respondieron que todos querían ser cristianos. Pregunteles que cuándo querían bautizarse, dijeron que ellos vendrían dende a tres días a ello, y como al diablo no le place de la salvación de los hombres, hízolos mudar propósito y también creo que fue la causa vernos tan pocos.

Al tercer día que dijeron, habiendo ido el clérigo con el mejor caballo que teníamos y dos compañeros valientes hombres a predicar a unos pueblos vecinos, estando todos algo descuidados de cosa de guerra, sábado diez y siete de abril, a medio día, con la mayor siesta del mundo, dan sobre nosotros tres o cuatro mil indios de guerra, armados a su manera, de jubones bastados de algodón y armaduras de cabeza, y rodela y espadas y otros arcos y flechas y varas, y quiso Dios, por quien él es, que un tiro de ballesta antes que llegasen al lugar, un indio del pueblo donde estábamos, los vió venir y me avisó, y lo más presto que pude cabalgué en uno de los tres caballos y recogí todos mis compañeros a la plaza, delante de mi posada, poniendo la tercia parte a las espaldas y alrededor de ella, porque como eran muchos temí que nos cercasen la casa y le pusiesen fuego. Y como los indios llegaron de golpe a la plaza, arremetieron a nosotros y nosotros a ellos, y como a manera de torneo se dieron los nuestros y ellos tantos golpes que estuvo cosa un rayo en peso sin que nadie supiera cuya era la victoria.

Después de habernos derribado seis o siete hombres en el suelo heridos y llevarnos un hombre en peso, vivo, sin quererlo matar a lo que parecía, habiendo yo arremetido con los caballos y andando entre ellos pusiéronse en huída; y seguido el alcance

por los nuestros y acuchillándolos de pie los que podían, y los de caballo alanceando los que topábamos, los echamos fuera del pueblo. Allá en el campo, yo que tenía el mejor de los rocines, aunquc tan mal aderezado de cosas de la jineta que certifico a vuestra majestad que traía las espuelas de palo, y uno de los otros ninguna, seguí algo más el alcance que los otros, y después de haberme cansado, alanceando los que a una parte y a otra hallaba, acordéme que era gran yerro dejar mi gente tan lejos y vuelto sin duda a la vuelta cran tantas las varas y las piedras y garrotes y flechas y varas que los indios me tiraron, que lo tuve por peor que cuando de la plaza los echamos.

En fin, que cuando topé los delanteros de mi compañía, que era fuera ya del pueblo, no consentí que nadie pasase adelante porque me pareció que si en el campo nos tuviesen verían que éramos tan pocos que osarían volver sobre nosotros y que no bastaríamos con ellos, y aún también se me acordó que quedaba la posada sola, con el oro y la ropa, y que los del pueblo podría ser que no nos fuesen leales y que viéndonos fuera nos robasen. Y por ésto, lo más presto que pude, traje mi genticilla, aunque en ánimos más que gente, a ponerla otra vez en orden delante de mi posada, porque si volviesen nos hallasen alertados y, según lo que pareció, ellos hubieron por bien de no volver y creo sin duda que lo causó porque ellos tienen de costumbre cuando pelean de no dejar ningún herido ni muerto en el campo y de hallarse embarazados con los muertos y heridos no tuvieron manera de volver.

Pucs estando todos delante de mi posada, apercibiéndonos para si otra vez tornasen, el clérigo nunca era venido, ni los compañeros que con él habían ido, y como el pueblo a donde habían ido era hacia la parte donde los indios vinieron, sin duda creímos todos que los habían muerto de camino cuando vinieron, pero por satisfacernos, escribile una carta con un indio de los del pueblo donde yo estaba, en que le decía lo que pasaba, y vista mi carta luego vino, de lo cual todos los compañeros recibieron mucho placer, porque era su padre de confesión, pues recogidos todos,

como la gente aún hasta allí había llegado contra su voluntad y como digo arriba murmurando de mí. Luego me dijeron todos que no debería dar un paso más adelante, porque era más [importante] poner en cobro lo ganado que ganarlo de nuevo, y yo, de ver toda la gente con esta opinión, tomé a los oficiales de vuestra majestad y quise que ellos y toda la gente más principal de toda la compañía dijese sus dichos acerca de ello, los cuales todos dijeron que era conocida locura pasar adelante y que Dios ni vuestra majestad no se serviría de ello; los cuales dichos con ésta [carta] envió a vuestra majestad, porque sin duda yo quería que esa noche fuéramos a dar en ellos, aunque después de vista la flaqueza de nuestra gente y los heridos y el oro [que] se aventuraba, porque había de quedar allí, y de los del pueblo no teníamos seguridad, y con este parecer me torné de allí con pensamiento que vuelto a tierra de cristianos, aunque estaba bien lejos, podría tomar alguna más gente y caballos y tornar a castigar y hacer de paces aquella gente.

Pues como el gran cacique *Nicaragua* por donde yo había pasado supiese que yo me venía, después de haber peleado con el otro *Dirianguen* y sus valedores, y supiese que llevábamos cantidad de oro, pensó él y los suyos tomárnoslo y malarnos, según lo que después pareció que por muy extenso va sabida la verdad de ello. Yo también, sospechoso de lo que él pensaba por los indicios y muestras que todos veíamos al pasar por su pueblo, puse esa poquilla de gente que traía, que era hasta sesenta hombres sanos, en la mejor orden que me pareció, e hice un escuadrón y metí dentro de él toda la gente flaca y el oro y las cargas de nuestra comida y hacienda, y en las cuatro esquinas cuatro de [a] caballo que éramos y cuatro espingarderos, y de esta manera pasé por el pueblo a las once del día.

Ya que estábamos fuera de él, comienzan indios a venir y decir a los indios que nos llevaban las cargas que las soltasen y huyesen con ellas, y tanto les sufríamos ésto por no quebrar con ellos, que se ponían en querer sacarnos los indios con las cargas del escuadrón, de lo que recibíamos mucho daño, y visto

ésto mandé a algunos ballesteros que los tirasen y, como hirieron algunos, súbitamente comienzan a salir gente con armas y de guerra del pueblo. De ver el negocio en tal estado dije al tesorero y a los que llevaban el oro con él a cargo y el mantenimiento y otras cargas que anduviesen lo que pudiesen, y mandé a los tres caballos que quedasen conmigo en la rezaga, y algunos peones ballesteros y rodcleros y los cuatro espingarderos, que fueron todos ellos los que pudieron quedar hasta trece y los cuatro de caballo, que fueron diez y siete. La gente que del pueblo salía era innumerable y mucha parte de ellos con arcos y flechas, y comienzan a llegarse a nosotros con la mayor grita del mundo, tirando flechas, y los de caballo haciendo algunas vueltas sobre ellos y alanceando algunos, y otras veces los ballesteros hiriendo los que más se allegaban; fuimos de esta manera hasta que el sol se quería poner por un llano, donde nos acaecieron muy aventurados trances, especialmente al pasar de los arroyos, porque aún de los cuatro de a caballo el uno de ellos, y aún los dos, lo más del tiempo entendían en tomar dolientes de la rezaga y pasar a la delantera, y el otro en alancear los indios que soltaban las cargas. Como vieron que antes perdían gente que la ganaban, y no salían con lo que querían, venida ya casi la noche ellos dijeron que querían paz, y yo de ver que estábamos todos tan cansados se las otorgué, y dejadas las armas, tres principales de ellos, mandada a quedar toda la otra gente, me vinieron a hablar y era su fin, desde que no pudieron salir con su intención, disculparse diciendo que *Nicaragua* ni los suyos no tenían culpa de aquello, sino que la gente de otro *cucique* que estaba en aquel pueblo, que se llama *Zoatega*, que yo no había visto cuando pasé por allí, había hecho aquello. Yo les respondí que yo conocí muchos y principales en la batalla de los de *Nicaragua*, a lo que no tuvieron qué responderme. Plugo a Dios y a su bendita Madre que ningún hombre ni oro perdimos, ni vino nadie herido, excepto mi caballo de una flecha, menos lo que le faltaba, pues como los más de los indios que nos traían las cargas eran del mismo *Nicaragua*, que a la pasada me los había prestado para llevar las cargas, con lo que les decían los

que nos hacían la guerra, casi todos soltaron las cargas y se perdió mucha ropa de los compañeros, por manera que hubo algunos que quedamos sin vestidos y sin comida de ellos, por guardar la rezaga y de ellos por guardar el oro.

Esa noche puse en orden la gente, así los dolientes y heridos que traíamos, como la gente sana para que aunque otro día tornasen los indios a salirnos al camino pudiésemos andando defendernos y ofenderlos, y hecho ésto bien se puede creer que sin dormir. A medianoche con la luna me partí porque tuve nueva que había un paso que desde el pueblo había otro camino para él, donde podían [los indios], tomándole primero que nosotros, hacernos mucho daño; y puestos en esta orden caminé esa noche y todas las otras y los días hasta que llegué al *golfo de San Vicente*, donde nos despartimos yo y Andrés Niño, cuando fue a descubrir, y hallé que había ocho o diez días que eran venidos y que habían descubierto trescientas cincuenta leguas del *golfo de San Vicente* al poniente, y que por causa de la falta de los navíos y aún de agua no pasaron adelante, como ví por los autos que acerca de ésto se hicieron, que por ante escribano pasaron, los cuales con ésta envío.<sup>11</sup> Llegaron por la costa hasta ponerse en diez y siete grados y medio, y puede vuestra majestad creer que Andrés Niño en esta jornada ha trabajado hasta ahora muy bien y con mucha voluntad.

Vuestra majestad ha de saber que este pueblo de este *cacique Nicaragua* está la tierra adentro tres leguas de la costa de esta mar del sur, y junto a las casas de la otra parte está otra *mar dulce*<sup>12</sup> y digo *mar* porque crece y mengua y los indios no saben decir que por aquella agua vayan a otra salada, sino que todo lo que ellos han andado por ello a una parte y a otra es dulce. Yo entré a caballo en ella y la probé y tomé la posesión en nombre de vuestra majestad. Preguntado a los indios si esta *mar dulce* se junta con la otra salada dicen que no, y cuanto nuestros ojos pudieron ver todo es agua, salvo una isla que está dos leguas de

<sup>11</sup> Niño fue descubriendo la costa hasta Tehuantepec, los autos que se conocen son las tomas de posesión de la bahía de Corinto y del golfo de Fonseca

<sup>12</sup> El lago Cocibolca o lago de Nicaragua

la costa,<sup>13</sup> que dicen que está poblada; el tiempo no dió lugar acá a saber otra cosa más de que yo mandé entrar media legua por el agua una canoa en que los indios navegan, para ver si el agua corría hacia alguna parte, sospechando que fuese río, y no le hallaron corriente. Los pilotos que conmigo llevaba certifican que sale a la *mar del norte*, y si así, es muy gran nueva porque había de una mar a otra dos o tres leguas de camino muy llano.

Llegado yo al *golfo de San Vicente* hallé que el navío mayor de los cuatro que teníamos no se podía tener encima del agua y en los otros y en canoas de indios me embarqué con toda la gente, aunque con harta aventura, y vine mediante Dios a *Panamá* con harto riesgo por la falta de los navíos, adonde hice fundir el oro conforme a la instrucción que vuestra majestad me mandó dar. En todo cuanto me ha sucedido de cuidado sirviendo a vuestra majestad en esta jornada no he recibido tanto trabajo como en pesar la gente que traje de Castilla por tierra firme a la mar del sur, y sostenerlos conmigo casi dos años, que aquí me detuve haciendo dos veces los navíos, y esos pocos de compañeros que me quedaron fue bien menester gastar con ellos de mi hacienda y joyas y aún partir con ellos de la parte que vuestra majestad me manda que gane en esta armada y a otros prestar de mis dineros con los cuales hartos se me huyeron, sólo porque lo gastado por vuestra majestad en esta armada no se perdiese y también por salir yo con lo comenzado.

Yo Señor quedo de aquí con pérdida de dientes y de parientes, porque perdí dos sobrinos que murieron de enfermedades, que me quitaban de harto trabajo y con harta flaqueza de persona. Suplico a vuestra majestad me mande hacer merced de alguna ayuda de costas, porque diga más con vuestra majestad que cada que conmigo que la pido y sea librada en las partes donde yo voy, y mande librar a mi mujer en Sevilla el salario de capitán que se me debe, con que mis hijos se críen y aprendan.

Todas las cosas de *Yucatán* habemos topado, así en casas como en ropa y armas, por donde está cierto que por esta *mar*

<sup>13</sup> Ometepe.

*del sur* tiene vuestra majestad descubierto tanto al levante como al poniente, como por la *mar del norte*.

Vuelto a *Panamá* dije a Pedrarias con el tesorero de vuestra majestad, Alonso de la Puente, lo que cerca de ésto pasaba, y que si me quería dar él ayuda y socorro que en la tierra había, que con esa poca gente que yo traía yo volvería a castigar la traición que estos caciques me habían hecho y a hacerlos de paz. Y respondiome que si lo quería ir a hacer como su teniente y en su nombre que me lo daría, de lo cual yo no quedé poco corrido, porque me pareció a mí que siendo yo capitán de vuestra majestad, en cuyo nombre se lo pedía, que era conocida bajeza aceptarlo sin la diferencia que de su linaje al mío hay, y sobre ésto pasé con él otras cosas que serían largas para escribir.

El dicho Pedrarias, a la sazón que yo llegué a *Panamá*, me dijo que él estaba por enviar a descubrir por la otra costa de *Panamá* al levante, que de allá tenía él mayores nuevas que yo traía, y como fui avisado de los que conmigo vinieron y de mí de la riqueza de las tierras y pueblos que yo había hallado, dejó lo otro y ha enviado gente de la suya y a la que yo traje a ellos. Yo le requerí no la enviase sin consultar a vuestra majestad, porque de la manera que los pueblos quedaban no convenía y demás de todo porque eran cristianos y les dije en el *requerimiento* muchas razones por donde no había de enviar allá, a las cuales no tuvo respeto, puesto que vistas y oídas toca bien al servicio de Dios y de vuestra majestad, como podrá mandar ver por el mismo *requerimiento* que le hice, que con ésta envió, y hago saber a vuestra majestad que una de las principales cosas que le hizo osar a Pedrarias enviar gente a aquellas tierras que yo dejó descubiertas y de paz, fue que incitó a los oficiales de vuestra majestad que se juntasen con él a ser armados y ellos de ver el gran interés lo aceptaron, usando conmigo el dicho Pedrarias de muchas malacrianzas.

Pues como yo ví que por la vía del socorro de Pedrarias no podía tornar a castigar y pacificar aquellos dos *caciques*, yo y los oficiales de vuestra majestad nos despachamos de *Panamá*

y la salida de la tierra firme con mucha brevedad por dos cosas. La una por hacer saber a vuestra majestad lo que se había hecho y descubierto hasta entonces y lo que sobre ello pensaba hacer, y la otra por venir a la isla *Española* a procurar con los jueces y oficiales de vuestra majestad me diesen lugar para sacar de aquí la gente y caballos que fuese menester para ello, lo cual viendo ellos como vuestra majestad se servía de ello lo aceptaron. Y porque de mi ida a Castilla sin más no se ganaba, sino hacer tornar a gastar dineros a vuestra majestad para tornar a armar de nuevo, porque por ser la cosa cual es no se sufre otra cosa, y para avisar a vuestra majestad de lo que pasa mi carta bastaba.

Porque visto un capítulo de mi instrucción vuestra majestad manda que trabaje mucho por saber si hay estrecho de una mar a otra y que procure que lo que yo descubriere por la mar del sur tenga salida a la mar del norte, y porque volviendo desde aquí de la *Española* al *golfo de las Iligueras*,<sup>14</sup> que es el paraje de la *mar dulce* que yo hallé, se podrá saber la duda de todo, yo me parto mediante Dios con cincuenta de [a] caballo y trescientos hombres, donde pienso presto dar aviso a vuestra majestad de grandes riquezas y nuevas; y para que vuestra majestad mejor esté [informado] de ello, envío esta figura que nuevamente ahora se ha hecho, la más verdadera que se ha podido hacer por los pilotos que lo han navegado.

Visto los reveses y estorbos que a mi salida y de los oficiales de vuestra majestad se procuraba en tierra firme, se compró de la hacienda de vuestra majestad una carabela por mil castellanos de oro, para salir de la tierra con el oro, y dar esta cuenta a vuestra majestad, y a poner en efecto esto que digo, y no fue tan espaciosa la salida y la embarcada que no fue a la mayor prisa que pudo ser y vista por el gobernador y oficiales de vuestra majestad el punto de nuestra partida, se pusieron en requerirnos que no se trajese el oro todo en aquel navío porque venía a peligro por ser uno, y yo les respondí que a mayor peligro quedaba

<sup>14</sup> El golfo de Honduras

en su poder, como creo realmente que queda la veintena que vuestra majestad me mandó dejar allá, y como esto no bastó y nos vió partidos al [puerto de] *Nombre de Dios*, a la costa del norte donde la carabela estaba, se partió el dicho gobernador luego tras nosotros a muy gran prisa, y llegando a dos leguas del *Nombre de Dios* fui avisado de su venida y a la hora nos embarcamos con el oro e hicimos vela para esta isla *Española*.

Pues llegado a esta ciudad de *Santo Domingo* de la *Isla Española*, con este cuidado y desco de buscar por esta mar del norte entrada a aquella *mar dulce*, que yo descubrí yendo por la otra costa del sur, para que aquellos grandes pueblos y aquella tierra se pueda gobernar y visitar desde Castilla, y que aunque el estrecho de agua de una mar a otra no se hallase, que hallando la *mar dulce* que salga a la del norte hay tres leguas de una mar a otra, las dos de tierra muy llana que se puede andar sin carretas, y la otra legua de tierra que aunque no es como las dos leguas no se dejara de acarretar, es bastante estrecho para gozar de la especiería por este camino, porque por la parte que yo fui a descubrirlo que es por donde está Pedrarias no se puede desde Castilla aquellos pueblos ni tierra proveer, por estar la tierra en medio y hay de allí a la *mar dulce* doscientas cincuenta leguas, y en esta otra parte de más del aparejo que hay por la vía de haber este estrecho de tierra ya que de agua no se halle. A proporción de ésto, en la costa del sur hay dos muy hermosos puertos<sup>15</sup> para hacer navíos para ello, y demás de ésto hay mucha madera y encinas como las de Castilla y muchos cedros y los indios dan nueva de pinos y yo ví y tuve mucha tea de ellos.<sup>16</sup>

Y porque vuestra majestad principalmente, como tengo dicho por un capítulo de mi instrucción, me manda que con mucha diligencia procure de saber si hay mar o camino para que desde Castilla se pueda ir a las partes que yo descubriese, sin tornar por donde está Pedrarias, habiendo platicado lo uno y lo otro a los jueces y oficiales de vuestra majestad de esta isla

<sup>15</sup> Se refiere a la *bahía de la Posesión* (Corinto) y al golfo de Fonseca

<sup>16</sup> Obviamente extraído de los montes de Scgovia

*Española*, y mostrádoles el capítulo de lo que sobre ello vuestra majestad manda que se haga y la figura de lo descubierto, parecióles a todos que vuestra majestad recibiría gran servicio que por esta mar del norte se halle aquella mar dulce o estrecho de agua, o la certeza de ser la tierra estrecha de tres leguas de una mar a otra, porque hallado lo uno o lo otro aquellas tierras y pueblos que yo descubriese, puede decir que son halladas y de esta causa deseoso yo de hacer a vuestra majestad algún gran servicio, olvidada mi casa y mi reposo por este deseo que digo, voy desde aquí a buscar y descubrir por la mar del norte lo que descubrí y hallé por la del sur, que es otro *Yucatán* en la riqueza y en la lengua y en las otras cosas que los indios visten y tratan.

Y porque supe en esta isla que aunque envío a vuestra majestad poco oro que llegará a buen tiempo, y por no hacer más gasto de esto que ahora se lleva a vuestra majestad, creyendo que en esto le hago también servicio, procure aquí con lo que yo tenía y con ayuda de mis amigos que ayudasen con dineros para la costa de lo que voy a hacer y porque espero en Dios Nuestro Señor que de la misma cosa enviando a vuestra majestad un gran presente de oro, quedara de las sobras con que pagar a ellos y a mí el costo que en ello se hiciere, y esto es una de las principales cosas que a esto me ha puesto espuelas de mas de ver cuanto conviene e importa a su servicio, que se descubra y halle por la *mar del Norte* la [mar] *dulce* que digo, y el estrecho de agua, y de las tres leguas de tierra como vuestra majestad me lo manda a buscar; y habiéndolo visto y sabido, si me pareciera poblarlo, haré en la parte más a proporción de lo que conviene a la tierra y de la mar que se hallare, y de poblar no llevo duda sino que poblaré mediante Dios, porque esta es la verdad en lo de acá y haciéndolo será con el menor daño y escándalo de los indios que se pueda.

Aquí no se ha podido sacar gente sino a la costumbre de esta tierra, que es que sacando el quinto para vuestra majestad, de lo demás se toma la mitad para el costo y la otra mitad para el capitán y la gente, en el cual por vuestra majestad

se puso el navío que se compró en tierra firme para traer el oro a esta isla, que llegado aquí y adobado se avaló en mil pesos de oro; y de lo que Dios me hubiere encaminado, que haga lo más breve que pudiere, haré mensajero a vuestra majestad con esperanzas de buenas albricias.

Y porque el tesorero de vuestra majestad Andrés de Cerezeda, llevador de ésta, se ha hallado presente conmigo en todos los principales trabajos y hambres y peligros, que en esta jornada se ha ofrecido desde el principio hasta ahora, y con el oro lleva a vuestra majestad la figura de lo descubierto por mar y por tierra, pues es oficial de vuestra majestad, a él me remito.

Así mismo va allá el contador de vuestra majestad, Francisco de Salazar, a curarse de cierta enfermedad que tiene, que de los trabajos le ha sobrevenido, que así mismo le cupo parte de ellos y deja acá en su lugar a una persona por contador, con otra persona que deja en su lugar el dicho tesorero, para que tenga cuenta y razón de la hacienda de vuestra majestad.

Y porque como arriba he dicho, tengo por cierto que poblaré, porque en ciertos capítulos de mi instrucción, parece que vuestra majestad me manda que lo haga, pues mando dar orden de lo que en la forma de los pueblos y repartimientos se ha de hacer, pues la mucha bondad de la tierra lo permite, y porque según la sed de los vecinos que de una parte y de otra están, aunque lejos, podía ofrecerse algún impedimento de estorbo, y porque a mí y no a otro vuestra majestad mandó venir a hacer este descubrimiento con certeza de mercedes. Suplico a vuestra majestad mande con brevedad despachar una su cédula en que mande que cada uno se esté en lo que tenía descubierto, hasta que yo por mandato de vuestra majestad, comience a hacer éste, porque conviene mucho al servicio de vuestra majestad y al bien y pacificación y población y descubrimiento de la tierra.

Si vuestra majestad quisiere ver bien probada la intención que tuve a hacer los *caciques* que topé de paz, ha de saber que vuestra majestad me hace merced en mi instrucción, que de todas las cabalgatas y presas que hicire, haya cuatrocientos

ducados de valor, valiendo la dicha cabalgata o presa diez mil ducados, y si valiera menos la veintena parte, y tuve tanta gana de hacerlas de paz que jamás hice en ellos presa ni cabalgata ninguna, puesto que muchos de ellos no dieron causa a que se hiciese. Y por esto de todos ciento y doce mil castellanos y más no quise tomar como capitán, sino una patena de oro que pesó ciento y cuarenta y cuatro pesos de oro, testigos de estos son los oficiales de vuestra majestad que allá van, a los cuales en esto me remito.

Lo de hasta aquí es dar cuenta a vuestra majestad lo más en breve que he podido de los hechos, porque lo demás que nos ha acaecido, aunque muy extraño es muy largo; por esto no envíe a vuestra majestad en ésta la razón de ello, porque creo que no tiene tiempo para ello, y también porque en ser trabajos míos, parecería que los escribo por contarlos, pero envíe *Relación* de todas las cosas y hechos que con los *caciques* me acaecieron, como de ellos da fe un escribano, que de ello tuvo cargo desde que el descubrimiento se comenzó hasta volver a *Panamá*, en la cual, además de otras cosas muchas, vuestra mejestad podrá ver que a ningún capitán de los que a estas partes han pasado no ha hecho Dios tanto favor como a mí, lo cual todo creo ha manado de la buena ventura de vuestra majestad, porque cinco o seis cosas señaladas que me han acaecido nunca ninguno gozó de ellas como yo.

La primera, que nunca ninguno descubrió tantas leguas a pie por tierra nueva como yo y con tan poca gente. La segunda, que nunca ninguno tornó tantos cristianos, porque se bautizaron 32,000 y tanto, pidiéndolo ellos. La tercera, que nunca ninguno sacó de una entrada tanto número de castellanos de oro; la cuarta, que nunca ninguno peleó con tantos indios las veces que yo, que no le matasen algunos cristianos como a mí. La quinta, que nunca ninguno ha venido a descubrir que no volviese perdidos los dineros del costo, sino yo, por lo cual Dios Nuestro Señor sea loado por siempre.

Y pues a otros, sin mandarles vuestra majestad venir a servir ni dejar su casa y reposo como yo, vuestra majestad les ha hecho grandes mercedes. Suplico a vuestra majestad no sea yo de peor condición que ellos y me haga merced de la gobernación de lo que yo he descubierto y descubriere con título de *almirante de la mar dulce*, y con la décima parte de los derechos de oro y rentas y granjerías y otras cosas que a vuestra majestad en ello le perteneciere, y que todo esto sea perpetuo para mí y para mis herederos y sucesores y descendientes; que de las islas que en la dicha *mar dulce* se descubrieren pueda señalar tres para mí y para los dichos mis herederos, conforme a un memorial que el tesorero de vuestra majestad Andrés de Cerezeda lleva, que por no dejar salir Pedrarias conmigo de su gobernación, ninguna persona, más de un paje y dos mozos que me sirvieron, no tuve persona que a vuestra majestad solicitase sobre ello de los que fueron testigos de los trabajos; y estas mercedes suplico a vuestra majestad me haga, porque además de haberlo yo de trabajar y haberlo trabajado con tanta aventura de la vida y hacienda, los que acá tienen algo, si no lo tienen perpetuo, trabajan para destruirlo y disiparlo, antes que venga otro que se lo quite como se ha visto por experiencia.

Guarde Nuestro Señor la Sacra Cesárea y Católica persona de vuestra majestad muchos años y con muy próspero estado a su servicio, de esta ciudad de *Santo Domingo* de la isla *Española*, seis días del mes de marzo de 1524 años.

D.V.S.M.

*Humildísimo siervo que sus reales pies y manos besa.*

*Gil González Davyla*

Archivo General de Indias, Sevilla • Patronato 26, Ramo 17  
Reproducido de **Documentos para la Historia de Nicaragua**

Madrid 1954



# Relación de las leguas que el Capitán Gil González Dávila anduvo por tierra por la costa de la Mar del Sur

de los caciques e indios que descubrió y se bautizaron  
y del oro que dieron para sus majestades

---

Partió de la *isla de las Perlas*, martes 21 de enero de 1522 años y llegó a la *isla Çeguaco* [Zebaco],<sup>1</sup> que está 50 leguas, de allí bautizáronse el *cacique* y 184 ánimas; con los que se bautizaron a la vuelta dió 1,844 pesos, 7 tostones de oro.

A esta isla envió el *cacique Guanat*, que está en la tierra firme 86 pesos y 4 tostones de oro.

La *isla de la Madera* está 105 leguas por mar de Çeguaco,<sup>2</sup> vinieron allí los *caciques* de la comarca, que son: *Tutuque*, *Pera*, *Huysca*, el *Crao*, *Brocatebagia*, *Tiucuria*; tornáronse cristianos 37, dieron 1,095 pesos y 4 tostones de oro.

La *isla de Çebo* está 12 leguas por mar de la *isla de la Madera*; bautizáronse 6 ánimas, dió el *cacique* 39 pesos y 4 tostones de oro.

*Cheriquí* [Chiriquí] está 5 leguas de la *isla de Çebo* por tierra firme, de aquí adelante fue el capitán con gente por tierra; aquí vino un *cacique* de la sierra; bautizáronse 8 ánimas; dió el *cacique* de la sierra 54 pesos de oro.

El *cacique Copesiti* está 6 leguas delante, bautizáronse 44 ánimas, dió 55 pesos de oro y los *caciques* de *Calaocasala* que vinieron allí 174 pesos y los *caciques* de *Barecla* 84 pesos y el de *Cheriqui* 26 pesos, que son todos 339 pesos de oro.

---

<sup>1</sup> Situada junto y al oeste de la península de Azuero en Panamá

<sup>2</sup> Posiblemente la isla Coiba. Las cv leguas parecen indicar una transcripción errónea; posiblemente son xv leguas

- El *cacique Charirabru* está 3 leguas adelante, bautizáronse 64 ánimas, dió 55 pesos, y unos principales de otros *caciques* 35 pesos, que son todos 90 pesos.
- El *cacique Burica*<sup>3</sup> está 10 leguas adelante; bautizáronse 48 ánimas, dió a 249 pesos, 6 tostones de oro y Andrés Niño trajo lo que le dió el *cacique* de la *isla de Quitro* 120 pesos, y 64 pesos que le dió un *cacique* en la *isla de la Madera*, que son todos 433 pesos, 6 tostones de oro; a esta provincia de *Burica* llegó el alcalde mayor<sup>4</sup> por el gobernador de Pedrarias por tierra y no más adelante.
- El *cacique Osa*<sup>5</sup> está 8 leguas adelante; bautizáronse 13 ánimas, dió 465 pesos de oro.
- El *cacique Boro* está 9 leguas adelante; bautizáronse 6 ánimas, dió y hubiéronse 418 pesos, 4 tostones de oro.
- El *cacique Coto*<sup>6</sup> está doce leguas adelante la tierra adentro; bautizáronse 3 ánimas, a que se hubieron de esta provincia con lo que dieron los *caciques Dujuray* y *Dabova* 541 pesos de oro.
- El *cacique Guaycara* está 13 leguas adelante, hacia la costa del mar<sup>7</sup>; dió 112 pesos de oro.
- La provincia de *Durucaca*<sup>8</sup> está 3 y 4 leguas de *Guaycara*; dieron los *caciques* de ella 2,184 pesos, dos tostones de oro, con lo que se tomó a uno de ellos que anduvo huyendo, que no quería venir a ser vasallo de su alteza, tornáronse cristianos 6 personas. Aquí a esta provincia de *Durucaca* trajo Andrés Niño 59 pesos de oro que le dió el *cacique Boto* y el capitán Ruy Díez, 106 pesos que le dió el *cacique Alorique*, que son todos 165 pesos de oro.

<sup>3</sup> En la punta o península situada entre Panamá y Costa Rica

<sup>4</sup> Gaspar de Espinosa, alcalde mayor de Panamá, enviado por Pedrarias Dávila en 1519 para reconocer la costa al oeste

<sup>5</sup> A orillas del Golfo Dulce, al sureste de Costa Rica

<sup>6</sup> Junto al río del mismo nombre, cerca de Golfito

<sup>7</sup> Posiblemente en el extremo del Golfo Dulce

<sup>8</sup> En el valle del Diquís

- El *cacique Carobareque* está 10 leguas adelante de la costa de la mar<sup>9</sup>; bautizáronse 6 ánimas, dió 25 pesos, 4 tostones de oro.
- El *cacique Arocora* está 5 leguas adelante; tornáronse cristianos 29 personas, dió 212 pesos.
- El *cacique Cochiru* está 8 leguas adelante; bautizáronse 58 ánimas, dió 1,250 pesos de oro.
- El *cacique Cob* está 6 leguas adelante; bautizáronse 68 ánimas, dió 1,800 pesos, 2 tostones de oro.
- El *cacique Huetaca*<sup>10</sup> está 20 leguas adelante; las 12 por costa y las 8 tierra adentro, bautizáronse 28 ánimas, dió 333 pesos, 4 tostones.
- El *cacique Chorotegu* está 7 leguas adelante, cerca de la costa de la mar en el *golfo de San Vicente*, que es lo postrero do llegaron los navíos del alcalde mayor por la mar,<sup>11</sup> es caribe<sup>12</sup> y de aquí adelante lo son; bautizáronse 487 ánimas; dió 4,780 pesos, 4 tostones de oro.
- Aquí trajo Andrés Niño de la isla de *Chira*<sup>13</sup> 468 pesos, 2 tostones de oro.
- El *cacique Gurutina* [Orotina] está seis leguas adelante; bautizáronse 713 ánimas, dió 6,530 pesos, 6 tostones de oro.
- El *cacique Chomi*,<sup>14</sup> que está seis leguas la tierra adentro, ausente el *cacique* y huyeron de sus *bohíos*, trajeron de allá 633 pesos, 2 tostones de oro.
- El *cacique Pocosi* está de *Gurutina* 4 leguas que atraviesan el *golfo de Sanlúcar*<sup>15</sup> por mar; dió 133 pesos de oro.
- El *cacique Paro* está dos leguas adelante, bautizaron 1,160 ánimas; dió 658 pesos, 4 tostones de oro.

<sup>9</sup> En la bahía de Coronado

<sup>10</sup> Huetares, en la región de Candelaria y Turubares

<sup>11</sup> Los barcos, despachados por el alcalde Gaspar de Espinosa, llegaron hasta la bahía de San Vicente en octubre de 1519, a la entrada del golfo de Nicoya, que llamaron *San Lúcar*

<sup>12</sup> Canibales

<sup>13</sup> La mayor de las islas del golfo de Nicoya

<sup>14</sup> Chomes, cerca de la actual Puntarenas

<sup>15</sup> La Isla de *Pocosi* era la primera a la entrada del golfo de Nicoya, según Oviedo

- El *cacique Canjen* [Canjel] está tres leguas adelante, bautizáronse 1,118 ánimas; dió 3,257 pesos.
- El *cacique Nicoya* está cinco leguas adelante la tierra adentro; bautizáronse 6,053 ánimas; dió 13,442 pesos de oro, con un poco que dió el *cacique Mateo*.
- El *cacique Sabandi*,<sup>16</sup> está cinco leguas adelante.
- El *cacique Corevisi* [Corobicí], está 4 leguas de *Sabandi*, bautizáronse 210 ánimas; dió este *cacique* y los principales de *Sabandi* y *Maragua* y los *caciques de Chira* 840 pesos, tres tostones de oro.
- Del *cacique* a las minas de *Chira* hay seis leguas. El capitán fue a verlas; sacáronse con una batería en obra de tres horas 10 pesos, cuatro tostones de oro bajo, y de vuelta otras seis leguas.
- El *cacique Diridá* está de *Corobisi* ocho leguas,<sup>17</sup> dieron los *caciques* 133 pesos, seis tostones de oro, tornáronse cristianos 150 personas.
- El *cacique Namiapi* está cinco leguas en la costa de la mar,<sup>18</sup> bautizáronse seis ánimas; dió 172 pesos de oro y 22 pcsos de perlas.
- El *cacique Orosi* está cinco leguas la tierra adentro,<sup>19</sup> tornáronse cristianos 134 ánimas; dió 198 pesos, cuatro tostones de oro.
- El *cacique Papagayo* está diez leguas adelante,<sup>20</sup> bautizáronse 137 ánimas, 259 pesos, lo más de ello oro bajo.
- El *cacique Niqueragua* [Nicaragua] está seis leguas adelante, las tres de ellas la tierra adentro junto con la *mar dulce*,<sup>21</sup> bautizáronse 9,170 ánimas; dió 18,560 pesos de oro, lo más de ello muy bajo.

<sup>16</sup> *Sabandi* o *Sapandi*, junto al río Tempisque.

<sup>17</sup> El río Diridá corre entre Santa Cruz y Filadelfia, actual provincia de Guanacaste, Costa Rica

<sup>18</sup> Posiblemente en la bahía Culebra

<sup>19</sup> Al pie del volcán homónimo

<sup>20</sup> En la costa de El Ostional, Rivas

<sup>21</sup> A orillas del lago de Nicaragua, donde hoy es San Jorge

Los *caciques de Nochari* están seis leguas adelante, entre la *mar del sur* y la *mar dulce*,<sup>22</sup> son los caciques *Ochomogo, Nandapia, Monbacho, Nandayme, Morati, Zotega*; bautizáronse en esta provincia 12,670 ánimas; dieron 33,434 pesos de oro, todo lo más muy bajo.

A esta provincia de *Nochari* vinieron los *caciques de Dirianjen* [Diriängen] y trajeron de presente 18,818 pesos de oro, lo más de ello muy bajo, con un poco de oro que había de los *caciques de Nochari*.

Alrededor del *golfo de Sanlúcar* se anduvieron doce leguas, por el asiento de los caciques *Avancari* [Ahangares] y *Cotori* hasta volver a la provincia de *Gurutina*. 29,442 [almas] 89,060 pesos, seis tostones.<sup>23</sup>

#### Sumario

Anduvieron por tierra, por costa y algunas veces la tierra adentro, *doscientas veinticuatro leguas*.

Tornáronse cristianos, *treinta y dos mil doscientas sesenta y cuatro ánimas*.

Dieron de presente para sus majestades *ciento doce mil quinientos veinticuatro pesos, tres tomines de oro*, lo más de ello bajo.

Más *ciento cuarenticinco pesos de perlas*, los *ochenta* de ellos que se hubieron en la *isla de las Perlas* estando allí.

*firma y rúbrica—Çerezeda*

Archivo General de Indias, Sevilla • Patronato Leg. 20, No 3, Ramo 1  
Tomado de **Documentos para la Historia de Nicaragua** Tomo I  
Madrid 1954



<sup>22</sup> En el valle de Mandalme.

<sup>23</sup> La ubicación de estas dos localidades al final de la lista, parece indicar que se detuvieron allí al regresar de Nicaragua. La cantidad exagerada de indios bautizados y pesos en oro recogidos parece errónea para solamente dos localidades y no son compatibles con la sumatoria final.

# Exploración de Gil González

referida por el cronista Pedro Mártir de Anglería



## Capítulo I

### *Introducción ~ Relaciones de Gil González Seis colonias hacia el istmo*

Antes que te volvieras a Roma, una vez desmpeñada en España tu embajada útil y honrosa para dos Pontífices, cuando esta nación no tenía Reyes porque se había marchado el César a tomar posesión de la corona imperial que le había sido ofrecida, me parece que sabías que entre los nobles españoles que andaban navegando por las costas australes de nuestro *Creído Continente* en el Nuevo Mundo no dejaban de distinguirse Gil González y el licenciado Espinosa, jurisconsulto. Acerca de Espinosa puse mucho, estando tú aquí, en mi tercera *Década* que escribí para el Pontífice León a petición suya.

Ahora, al cabo de dos años, tenemos cartas de Gil González, fechadas en la *Española*, capital de aquellas regiones, el 6 de marzo de 1524, a la cual isla dice que arribó con ciento doce mil pesos de oro, y que había vuelto a Panamá el 25 de julio del otro año 1523.

Es muy grande el volumen de sus cartas, porque refiere todas las menudencias que le sucedieron en largo espacio de tiempo y de tierra. También son difusas las peticiones que hace al César por los trabajos y peligros, y calamitosa necesidad que pasó en aquella expedición, y no faltan quejas sobre Pedro Arias, Gobernador general de aquellas tierras que designamos con el nombre común de *Castilla del Oro*, y habla pidiendo encarecidamente que se le emancipe de la autoridad de él; entre otras cosas, dice que él es nacido de más noble sangre, como si importara el que sean hijos de un indolente figonero o de un Héctor, los que son nombrados por los Reyes para estos negocios

laboriosos y grandes, particularmente en España, donde piensan la mayor parte que es prerrogativa de los nobles el vivir sin ejercitarse en nada como no sea la guerra, y éso mandado, que no obedeciendo.

He recibido cartas tuyas, que me las entregó tu Juan Pablo Oliver, fechadas en Roma el 7 de mayo, en las cuales, entre otras cosas, me dices que el Sumo Pontífice Clemente no se complace menos de estos apuntes que su tío el papa León, o su predecesor Adriano, que con *Breves* suyos me mandaban escribirlos. De entre muchas cosas he escogido un poco, que te lo dirijo a tí, no a su Beatitud, el cual si como su tío León, si como el sucesor de éste, Adriano, me manda a escribir, obedeceré con gusto; de lo contrario, no me tomaré este trabajo, no sea que lenguas malignas digan que he incurrido en la nota de temerario.

Siguiendo, pues, mi costumbre, dejaré a un lado los gustos de los que escriben, y tocaré lo que me parezca que necesita conocerse. Y de este propósito no me apartará un punto el encabezamiento aquél de tu carta, en que me haces saber que en Alemania se ha traducido palabra por palabra, del español al latín, por consejo de Juan de Granada, electo obispo de Viena, todo lo que a nuestro cesáreo Senado de las cosas de Indias y al mismo César ha escrito Fernando Cortés, conquistador de las inmensas regiones de *Yucatán* y *Méjico*; porque como sabes, de su relación y las de otros he entresacado yo solamente lo que me parecía digno de notarse.

Entremos ya en materia, y comencemos por las colonias que se han erigido para que, con reglas de la geografía antigua, se entienda más fácilmente qué derroteros recorrió Gil. Acerca de la extensión de aquellos territorios, que casi, y sin haberles encontrado el fin, son tres veces más largos que toda la Europa, hicc mención bastante extensa, bajo el nombre de *Credito Continente*, en mis primeras *Décadas*, que se han impreso y corren por el orbe cristiano.

Al calcular la anchura del río *Marañón*, escribí que aquella tierra tiene adyacentes dos mares inmensos: este nuestro

occidental, que es septentrional para aquella tierra, y el otro al Sur. Esto supuesto, sepa Vuestra Beatitud que los españoles han levantado seis colonias en los lados de aquella tierra: tres en el septentrional, en las márgenes del río *Darién*, en el golfo de *Urabá*, que se llama *Santa María de la Antigua*; una en *Acla*, a veinte leguas de *Darién*; la de *Nombre de Dios*, en la jurisdicción del cacique *Careta*, y la tercera a treinta y siete leguas de *Acla*. En la costa austral erigieron otras tantas, a una de las cuales, dejándole el nombre patrio, llamaron *Panamá*, con final aguda; la segunda *Natam*, a treinta y nueve leguas de *Panamá*; y la tercera llamada *Chiriquí*, a setenta y cinco leguas de *Natam*.

### Capítulo II

*Carretera para cruzar el istmo de Panamú*  
*Expedición de Gil González en busca de un estrecho*  
*Falta pan y sobra oro ~ Enfermedades y trabajos*

Desde el puerto de la colonia septentrional llamada *Nombre de Dios* hasta la *Panamá* austral, se propusieron los habitantes, con el gobernador Pedro Arias abrir un camino por montañas intransitables; de ásperos riscos y densos bosques intactos *ab aeterno*. Pues aquel trecho de tierra de entre ambos mares no tiene más que diecisiete leguas, que comprenden unas cincuenta leguas, por más que en otras partes es la tierra muy ancha, y tan ancha que desde las bocas del río *Marañón*, que desaguan en el océano, de Norte a Sur, se extiende cincuenta y cuatro grados más allá del ecuador, como creo que lo viste en la *Década* enviada a Adriano, que murió poco ha; que te la envié para que la entregaras al sucesor, aunque dedicada a otro, supuesto que el falleció sin haberla recibido, en la cual se habla largamente de las islas que crían los aromas, halladas por aquel rumbo.

Pues por aquel istmo, con sumo gasto, ya del rey, ya de los habitantes, rompiendo rocas y guaridas harto emboscadas de varias fieras, hacen un camino por donde pueden pasar dos carros, a fin de que, pasando fácilmente, puedan investigar los secretos de ambos mares; pero aún no lo han llevado a cabo.

Gil González dice que con una flotilla casi inerte de cuatro naves zarpó hacia Occidente el día 21 de enero del año 1522 de nuestra salud, desde la isla que en las primeras *Décadas* dije que se llamaba *Rica*, y ahora *isla de las Perlas* por haber allí gran abundancia de ellas, por obedecer a lo que había mandado el César por consejo de nuestro Real Senado: de los cuales recibió orden de que, explorando las no recorridas regiones occidentales, investigara con diligencia si entre los últimos confines, ya hace tiempo conocidos, del creído continente y el principio del territorio de *Yucatán*, se encontraría algún estrecho que divida aquellas inmensidades.

Por decirlo en pocas palabras: estrecho no encontraron; pero voy a decirte lo que hizo, dejando atrás muchos rodeos, notados ya la mayor parte. El escribe que por el espacio de unos diecisiete meses penetró hacia Occidente seiscientos cincuenta leguas, que son alrededor de dos mil millas, por nuevas regiones e imperios de caciques.

Entre tanto que reparaban las naves averiadas y taladradas por las culebrillas del mar que los españoles llaman broma; no teniendo qué comer, se vió en la precisión de entrarse por tierra; recorrió por lo interior doscientas cuarenta y cuatro leguas con unos cien hombres, mendigando pan para sí y sus soldados, de la mayor parte de los *caciques*, los cuales, dice, le regalaron ciento doce mil pesos de oro. El peso es un tercio más que la dracma, como precisamente hubiste de aprenderlo en los catorce años que tuviste tan distinguido lugar entre los españoles. Dice que los clérigos que tenía consigo bautizaron más de treinta y dos mil indígenas de ambos sexos, y no contra su voluntad.

Afirma que navegó tanto, que al otro lado de la provincia de Yucatán encontró las mismas costumbres e idiomas que tienen los habitantes de *Yucatán*.<sup>1</sup> De los ciento doce mil pesos traídos por el tesorero Cereceda, enviado por él, dice que, por la parte que le toca al César, le envía por una parte diecisiete mil pesos de oro medio puro, que alcanza doce o trece grados,<sup>2</sup> y por otra

<sup>1</sup> Más exactamente del centro de México.

<sup>2</sup> Quilates

parte quince mil pesos, y trescientos sesenta pesos en hachas, ineptas para la carpintería en vez de las de hierro y acero. Calculado el peso de las hachas, escribe que por testimonio de los maestros que prueban los quilates de oro, designados para esto, cada una vale, poco más o menos, medio ducado de oro.

Lo que nosotros tenemos en mucho, es el haberse descubierto tierras en que los instrumentos fabriles y rústicos son todos de oro, aunque no puro. También dice que en cascabeles fundidos de oro, a que son muy aficionados, ha enviado seis mil ochenta y seis pesos; como no tienen ningún grado, o casi ninguno, según cálculo de los peritos, para que los cascabeles, meneándolos, tengan más suave y agudo sonido, creen los nuestros que los fabrican así sin ley ninguna, pues el sonido del oro, como debes saberlo, es más flojo cuando más puro es el oro.

Pero refiriendo más particularmente la mayor parte de las cosas, dice que, aunque estaban próximos al equinoccio, no tenían mucho frío, pero que por el paso de los ríos y las frecuentes lluvias, porque eran los meses de nuestro invierno, a él y sus compañeros les sobrevinieron varias enfermedades que les imposibilitaban el hacer grandes cosas en el viaje, pasando con canoas unilíneas del país a una isla nueva que, según él y sus compañeros, tiene de larga diez leguas y de ancha seis.

El *cacique* de la isla le recibió benignamente; su palacio dice que está construido en un collado de poca elevación con vigas de punta, y el techo de paja larga y de hierbas que le defienden de la lluvia, y tiene la forma de las tiendas de campaña. En esta isla, y cerca de la corte, corre un gran río dividido en dos<sup>3</sup>, el cual dice que en el tiempo que él anduvo en casa del *cacique* detenido por los aluviones, inundó tanto toda la isla e invalidó la propia morada regia hasta la cintura de un hombre, de modo que, reblandecidos por la furia de la crecida los cimientos de los postes que sostenían el palacio, se hundió éste; pero las puntas superiores de la vigas, unidas entre sí, sostuvieron

<sup>3</sup> El río Térraba en territorio del cacique Durucaca, valle del Diquís, Costa Rica.

compacta la obra, evitando que del todo se les cayera encima; a hachazos abrieron una puerta para poder salir. Refugiáronse en las ramas de altos árboles, donde cuenta que pasaron dos días él, y juntamente sus compañeros y sus huéspedes, hasta que, cesando la lluvia, las aguas volvieron a sus álveos.

Refiere muchos casos particulares; pero ya te bastará con dar cuenta de aventuras al Beatísimo Clemente, a quien la inmensa mole de los negocios debe de tener siempre ocupado.

Habiéndose llevado el aluvión las provisiones, obligado por la necesidad para buscar qué comer avanzó aún por tierra hacia el Occidente, pero sin perder nunca de vista la costa, y llegó hasta un puerto ya conocido, y llamado por los nuestros el *puerto de San Vicente*. Halló que habían aportado allí sus compañeros con los cuales así había convenido al separarse de ellos mientras arreglaban las naves y las vasijas de agua.

### Capítulo III

#### *Se bautiza el cacique Nicoyán y su gente Y nueve mil de Nicoragua ~ Obsequios del cacique Diriagen*

Después de haberlos saludado como el caso lo requería, y deliberado con madurez lo que debiera hacer cada cual, sacando de las naves los cuatro caballos que habían traído, mandó a los de la flotilla que fueran navegando despacio en derechura al Occidente; les ordenó que no llevaran extendidas las velas de noche, por temor de los escollos y los bajo de arena, supuesto que tenían que navegar por desconocidos derroteros del mar; y él, caminando por tierra con aquellos cuatro caballos y unos cien infantes, vino al territorio de un *cacique* llamado *Nicoyán*.

Habiéndoles recibido benignamente *Nicoyán*, le regaló catorce mil pesos de oro; y persuadido por los nuestros de que hay encima del sol otro Criador del cielo y de la tierra que no es el que ellos piensan, el cual sacó de la nada al mismo sol y la luna y los demás astros que se ven, y los gobierna con sabiduría, y a cada hombre le da la recompensa que merece, quiso recibir el bautismo con toda su familia y, a ejemplo del *cacique*, se

bautizaron de su reino miles de personas de ambos sexos. En unos diecisiete días que pasó con *Nicoyán* le dejó tan instruido, que al marcharse el cacique en su lengua, que entendían los convecinos, le dijo lo siguiente: *‘Toda vez que ya no he de hablarles más a estos antiguos simulacros de dioses, ni les he de pedir nada, llévatelos’*; y esto diciendo, dió a Gil González seis simulacros de oro, un palmo de altos, antiguos monumentos de sus antepasados.

Supo que a cincuenta leguas de la corte de *Nicoyán* reinaba un cacique llamado *Nicoraguamía*, que estaba en su regia sede, *Nicoragua*, camino de un día.<sup>4</sup> Envió mensajeros que notificaran al cacique lo mismo que los nuestros suelen decir a los demás reyezuelos antes de obligarles a saher: que se hagan cristianos y que admitan la obediencia y las leyes del gran Rey de las Españas, y que si lo rehusaba le haría guerra y le obligaría. Al día siguiente le salieron al encuentro cuatro nobles de *Nicoragua*, diciendo en nombre de su cacique que deseaban la paz y el bautismo. Fueron los nuestros a *Nicoragua* con toda la gente, y bautizaron a un número algo mayor que los otros: nueve mil. *Nicoragua* dió quince mil pesos de oro en varias joyas a Gil González, que compensó dones con dones. Dió a *Nicoragua* un vestido de seda, y una camisa de lino, y un gorro de púrpura; y levantando allí dos cruces, una en el templo de ellos, y otra fuera de las casas del pueblo, se marchó.

Fué a otra región, a seis leguas, marchando siempre hacia Occidente, donde dice que encontró seis poblaciones como de dos mil casas cada una. Habiéndoles llegado la fama de los nuestros, por deseo de verlos mientras estaban por aquellos seis pueblos, se les presentó otro cacique de más al Occidente, que se llamaba *Diriagen*, acompañado de quinientos hombres y veinte mujeres, diez banderas y cinco trompeteros, que iban delante según su usanza. Acercándose el cacique a Gil González, que le esperaba en un solio dispuesto con aparato regio, mandó tocar la trompeta, después callar e inclinar las banderas que iban adelante.

---

<sup>4</sup> Nicaragua es mas bien el nombre del territorio y por extensión el del cacique que lo gobernaba y no al contrario

Cada uno de los hombres traían, éste uno, aquél dos aves semejantes a los pavos, y no inferiores a ellos ni en lo grandes ni en el sabor: son los que crían en las casas como nosotros las gallinas. Hago una pequeña digresión con tu permiso. Repito muchas particularidades de éstas, y a un Esculapio como tú te propino una medicina yo, incpto labriego, pues muchas de estas cosas te son muy conocidas, y en mis *Décadas* las he mencionado extensamente. Pero juzgando que esto puede llegar a manos de los hombres estudiosos, que no lo saben, ni tú se lo has de explicar, lo repito para que por tí logren su deseo: no me acuses pues, tú que has nacido para utilidad de muchos.

Trajo este régulo, *Diriagen*, por medio de sus criados, más de doscientas hachas de oro que cada una pesaba dieciocho pesos o algo más. Preguntado por los intérpretes que Gil tenía a su lado y entendían a los nuestros qué motivo le habían inducido a venir, dicen que respondió que por lograr ver a la gente nueva que había oído andaba por aquellas regiones, y saber lo que descaban de él, ofreciéndose a obedecerlos.

Exponiendo las mismas razones que a los demás, les exhortaron a que se hicieran cristianos y aceptaran la obediencia del gran Rey de las Españas. Respondió que le parecían bien ambas cosas, y prometió que a los tres días volvería a recibir órdenes de los nuestros. Y se marchó.

*Capítulo IV*  
*Preguntas de los indios, y respuestas de Gil González*  
*sobre el diluvio universal, y otros varios puntos*  
*Capitán y misionero*

Entre tantos que los nuestros estaban en *Nicoragua*, pasaron muchas cosas no indignas de contarse. A más de que las entresaqué de las cartas de Gil González, me las contó, y al marcharse me las dejó escritas su cuestor regio, que comúnmente se dice tesorero, el cual tomó no pequeña parte de todos aquellos trabajos, y se llama Andrés Cereceda.

Recayendo la conversación sobre varios asuntos, por no

tener qué hacer, entre Gil, capitán de nuestras tropas, y el *cacique Nicoragua*, mediante un intérprete nacido no lejos del reino de *Nicoragua* y educado por Gil, y que hablaba bastante bien el idioma de ambos, *Nicoragua* preguntó a Gil qué sentían en la tierra de aquel Rey poderoso, de quien Gil se declaraba vasallo, de un cataclismo pasado que había anegado toda la tierra con todo los hombres y animales, según él lo había oído de sus mayores. Gil le dijo que se creía eso mismo. Preguntado si se pensaba que vendría otro, le respondió Gil que no, sino que así como una vez habían perecido todos los animales, excepto unos pocos, en un diluvio de agua a causa de las iniquidades de los hombres, y principalmente por la carnalidad, así, tras una serie de años que los hombres no conocen, ha de suceder que todo quede reducido a cenizas por llamas de fuego enviadas del cielo. Se quedaron todos pasmados al oír esto. [A la pregunta] si esta gente tan sabia venía del cielo, el intérprete le dijo que sí. Si habían bajado en línea recta o dando vueltas o formando arcos, preguntó con cierto aire de inocente sencillez, a esto el intérprete respondió que no lo sabía, pues había nacido en la misma tierra que el propio *Nicoragua*, o cerca de ella.

Después le dijo que preguntara a su amo Gil si alguna vez la tierra se voltearía boca arriba. Gil declaró que este secreto lo sabe únicamente el Creador del cielo, de la tierra y de los hombres. Preguntó del fin general del linaje humano, y de los paraderos destinados a las almas cuando salen de la cárcel del cuerpo, del estado del fuego que un día ha de enviar [el cielo], cuándo cesaran de alumbrar el sol, la luna y los demás astros; del movimiento, cantidad, distancia y efectos de los astros y de otras muchas cosas. Aunque Gil tenía buen ingenio y era aficionado a manejar libros en romance, traducidos del latín, pero no había alcanzado tanta instrucción que pudiera dar a todo esto otra respuesta sino que la Providencia se reservaba en su pecho el conocimiento de aquellas cosas.

A las preguntas que *Nicoragua* hizo sobre el soplar de los vientos, las causas del calor y del frío, y la variedad de los días

y las noches, aunque entre ellos es poca, por distar poco del equinoccio, y sobre otras muchas cosas semejantes, respondió Gil explicando la mayor parte según sus alcances, y dejando lo demás al divino saber.

Después de esto, descendiendo *Nicoragua* y sus cortesanos a las cosas terrenas, preguntaron si se puede sin culpa comer y beber, engendrar, jugar, cantar, danzar, ejercitarse en las armas. Les respondió de este modo: dijo que es preciso comer y beber, pero que en esto se ha de evitar la *crápula*, porque todo lo que se toma fuera de lo que la naturaleza necesita, es dañoso al vigor de espíritu y a la salud del cuerpo, y que resultan de ahí semilleros de vicios, riñas y encmistades; que también es lícito el trato conyugal, pero sólo con una mujer, y ésta unida con el vínculo del matrimonio, y que hay que abstenerse también de otros géneros de impureza si se quiere agradar a Dios que lo ha criado todo; que tampoco está prohibido tener a su tiempo cantares, juegos y danzas honestas.

Acerca de las ceremonias y la sanguinaria inmolación de víctimas humanas, como nada le preguntaron, habló que aquellas oblacones de sacrificio eran sumamente desagradables a Dios, y que el gran Rey, su señor, tiene ley que a hierro muera el que a hierro mate a otro; y que aquellos simulacros a quien ellos ofrecen sangre humana son imágenes de los demonios que hacen prestigios, los cuales, arrojados por su soberbia de sus asientos del cielo, fueron encerrados en los antros infernales, de donde, saliendo de noche, se aparecen las más veces a hombres inocentes, y con sus artes engañosas los persuaden que hagan lo que se debe omitir en todo orden de cosas, a fin de apartar nuestras almas del amor de Aquél que las creó, y mediante la caridad y demás buenas obras de esta vida, desea llevárselas consigo, no sea que arrebatándolas aquellos vestigios de las delicias eternas, preparadas para después de la muerte corporal, a los perpetuos tormentos y calamitosas desdichas, se hagan compañeras de ellos.

*Capítulo V*

*Gil González civilizando ~ Réplica de los indios tocante a la guerra  
Ejemplar inauguración del culto cristiano  
Barbas guerreras ~ Casas y templos de allá*

Luego que Gil, cual predicador de púlpito, se explicó en este o semejante sentido, se lo hizo entender a *Nicoragua* del mejor modo que pudo por medio del intérprete. *Nicoragua* dió asentimiento a lo dicho por Gil, y a la vez preguntó qué deberían hacer ellos para agradar a aquel Dios que él predicaba cual autor de las cosas. Gil respondió a *Nicoragua*, según atestigua su cuestor regio Cereceda, lo que sigue.

No de que se maten hombres, ni de que se derrame sangre alguna, se complace el que nos crió a nosotros y todas las cosas; lo único en que se goza es en el amor fervoroso que le tengamos; los arcanos de nuestro corazón están patentes para él; las aspiraciones de nuestro corazón desea solamente; no se alimenta de carne ni de sangre; nada hay que tanto le irrite como la matanza de los hombres, de quien desea ser alabado y glorificado. A los que son enemigos suyos y vuestros, arrojados a lo profundo del infierno, cuyas imágenes veneráis aquí, les gustan estos sacrificios abominables, y asimismo todas las maldades, para llevarse consigo a la perdición eterna nuestras almas cuando salgan de aquí. Elimina de vuestras casas y templos estos simulacros vanos y perniciosos; abrazáos a esta cruz, cuya imagen Cristo-Dios bañó con su sangre por la salud del linaje humano, que estaba perdido, y podréis prometeros años felices y una eternidad de dicha para vuestras almas. También aborrece las guerras el Creador de las cosas, y ama la paz entre los vecinos, a los cuales nos manda amar como a nosotros mismos. Pero si, viviendo vosotros tranquilamente, alguno os ofende, le es lícito a todo hombre evitar la injusticia y defenderse a sí mismo y sus cosas; mas el provocar a otro por ambición o avaricia está prohibido, y el hacer eso es contra las buenas costumbres y voluntad del mismo Dios.

Hecha esta explicación, *Nicoragua* y sus cortesanos, allí pre-

sentes, con la boca abierta, mirando de hito en hito a Gil, dieron asentimiento a todas las demás proposiciones, y sólo hicieron mal gesto a eso de la guerra, preguntando que adónde habían de tirar sus dardos, sus yelmos de oro, sus arcos y sus flechas, sus elegantes arreos bélicos y sus magníficos estandartes militares. *¿Daremos todo esto a las mujeres para que ellas lo manejen? ¿Nos pondremos nosotros a hilar con los husos y las ruecas de ellas, y cultivaremos nosotros la tierra rústicamente?*

Gil no se atrevió a replicar a esto, conociendo que lo habían dicho medio alborotados. Pero a la pregunta que le hicieron del misterio de la cruz y utilidad de adorarla, les respondió: *'Si mirándola con sincero y puro corazón y acordándoos piadosamente de Cristo, que en ella padeció, pedís algo, lo conseguiréis como sea cosa justa lo pedido. Si os proponéis alcanzar la paz, la victoria contra enemigos soberbios, frutos abundantes, aire tranquilo y saludable u otras peticiones semejantes, las conseguiréis.'*

He mencionado que Gil les alzó dos cruces, una bajo el techo del templo y otra al raso, en una alta mole hecha de ladrillo. Refiere Cereceda que, cuando llevaban a poner la cruz, iban delante pomposamente los sacerdotes, y detrás Gil, acompañado del *cacique* y de sus súbditos. Mientras la estaban fijando, comenzaron a tocar las trompetas y atabales; y cuando la hubieron asegurado por los escalones que pusieron subió primero a la base Gil, con la cabeza descubierta, y arrollidándose, hizo allí oración en silencio, y al acabar, abrazándose al pie de la cruz la besó. El *cacique*, y a ejemplo suyo todos los demás, hicieron lo mismo. Así los dejó imbuídos en nuestros ritos.

Acerca de la distribución de los días, les dijo que por espacio de seis días hay que dedicarse perpetuamente al cultivo y demás trabajos y artes, pero que el día séptimo es menester destinarlo al descanso y a las cosas sagradas, y les señaló por día séptimo el domingo, y no pensó si sería útil imponerles además larga serie de días festivos.

Voy a añadir una cosa que omite Gil en el discurso de la narración y la ha contado Cereceda. Todos los bárbaros de aquellas

naciones son imberbes, y tienen horror y miedo a los barbudos. Por ésto, a veinticinco jóvenes que por su edad eran imberbes, cortándoles el pelo y arreglándolo, les puso barbas para presentar mayor número de barbudos que infundieran terror si se movía guerra, como después sucedió.

Añadió Cereceda que Gil le ha escrito que con doscientos cincuenta infantes que recogió en la *Española* y setenta jinetes, se dió a la vela el 15 de marzo de este año 1524, con el empeño de buscar el anhelado estrecho. Por este asunto no se ha presentado aún a nuestro Senado. Cuando se sepa lo sabrás.

Dejemos ya estas cosas, y pasemos a decir algo de la horrible costumbre lestrigónica de aquellas naciones, y de la situación y estructura de las casas y templos. Los palacios de los *caciques* tienen de largo cien pasos, y de ancho quince. Todos están abiertos por delante y cercados por detrás. Los pavimentos de los palacios están levantados medio estado de hombre sobre la tierra; los de las otras casas no se levantan nada sobre el suelo. Todas las casas están hechas de vigas, y cubiertas con paja, con un techo y sin piso. Los templos de lo mismo. Son anchos, y tienen sus sagrarios interiores, oscuros y bajos, en los cuales cada uno de los nobles entierra sus penates, y los tienen por armería como que allí, con las banderas que llevan espectros pintados, guardan en tiempo de paz los instrumentos bélicos, arcos, aljabas, corazas y yelmos de oro, y anchas espadas de madera con que pelean de cerca, y también armas arrojadizas para pelear de lejos, y varios adornos guerreros; y a las imágenes de los dioses propios de cada uno, que se los dejaron sus mayores, les inmolan particulares víctimas humanas, y los adoran con fingidas oraciones de votos compuestos a su estilo por los sacerdotes.

### Capítulo VI

*Las plazas y la orfebrería ~ Los mataderos de víctimas humanas  
Dos clases de ellas ~ Modo de inmolarlas*

Las fachadas de los palacios de los *caciques* están guardadas, según la disposición y grandeza de su pueblo, por grandes

plazas. Si el pueblo consta de muchas casas, tienen también [plazas] pequeñas, en las cuales pueden reunirse a comerciar los vecinos distantes del palacio. La plaza real la rodean por todas partes las casas de los nobles, y en medio de ella hay una que habitan los artífices del oro. Allí se funde el oro que se ha de labrar en diversas joyas después; reducido a pequeñas láminas o barras lo forjan al gusto de los amos, y por fin, le dan las formas que se desean, y por cierto que no mal.

Pero delante de los templos hay levantadas en el campo diferentes bases de ladrillos sin cocer y de cierto betún de tierra, a modo de plataformas, para varios usos. Tiene ocho escalones, en algunas partes doce, y en otras quince. El espacio de arriba es vario, según la cualidad del ministerio a que se destina: en uno caben diez hombres, y en medio de él sobresale una piedra de mármol que en lo larga y ancha iguala a la estatura de un hombre tendido: aquella infausta piedra es la de las miserables víctimas humanas. El día determinado para la inmolación, a vista del pueblo que le rodea, sube el cacique a otra plataforma de enfrente para presenciar la matanza.

El sacrificador, de pie sobre la piedra aquella que sobresale, oyéndolo todos, hace el oficio de pregonero, y vibrando el agudo cuchillo de piedra que lleva en la mano—pues en todas aquellas tierras tienen donde cortar piedras a propósito para hacer hachas, espadas y navajas, y de allí obtenemos nosotros cuantas queremos, y tampoco se quedó sin ellas el cardenal Ascanio hace saber que se van a inmolar víctimas, y si son de los enemigos o de las que se crían en casa.

Porque dos clases de víctimas humanas hay entre ellos: una de enemigos cogidos en la guerra, y otra de las que crían en las casas. Pues cada *cacique* o cada noble cría desde la niñez en su casa, a sus expensas, víctimas para inmolar, y sabiendo ellos para qué los guardan, y les alimentan mejor que a los demás. Y no por ello están tristes, porque desde niños viven en la persuasión de que, acabando la vida con aquel género de muerte, se convertirán en habitantes del ciclo. Así es que, andando

libremente por los pueblos, todos los que los encuentran les reciben ya con reverencia como héroes, y los despachan cargados de todo lo que piden, sea de comer o para adornarse, y al donante le parece que le han concedido los dioses no pequeña dicha el día en que así ha dado algo.

Pues estos varios géneros de víctimas tienen diferente manera de inmolarlos. A unas y a otras las tienden boca arriba, y del mismo modo, abriéndolos, les sacan el corazón por entre las costillas, y con la sangre de unos y otros, guardando la misma forma, ungen los labios y la barba [de los ídolos]. Pero cuando la malanza es de enemigo, el pregonero y sacrificador, tomando el cuchillo en la mano y dando vueltas con ciertos cantos lúgubres alrededor de ella, tendida sobre la piedra, la purifica tres veces, de seguida la abre, luego la corta en trozos, y cortada, la reparte para que se la coman de este modo. Al cacique se le guardan las manos y los pies: los corazones se los dan a los sacerdotes y a sus mujeres e hijos, que les es lícito tenerlos, y lo demás se reparte al pueblo en pedacitos; pero las cabezas se cuelgan como trofeos en las ramas de ciertos árboles pequeños que para ésto se crían poco distantes de aquel matadero.

Cada *cacique* crían en un campo próximo árboles determinados, que guardan los nombres de cada región enemiga, para colgar en ellos las cabezas inmoladas de los prisioneros de guerra, al modo que nuestros capitanes cuelgan en los muros de los templos los yelmos, banderas y otras insignias semejantes por testigos de su loca sevicia, que llaman victoria. Les parece que sería mal año para ellos el en que no participaran el pedacito de la víctima enemiga.

Mas a las víctimas casacas, aunque las despedazan del mismo modo, después de muerta disponen de ella diferentemente; veneran todos sus trozos, y una parte como los pies, las manos y las entrañas, echándolas en una calabaza la entierran delante de las puertas de los templos; los demás trozos, y juntamente el corazón, entre los aplausos de los sacerdotes y cantos al fuego aquel, los queman a la vista de los dichos árboles destinados

a los enemigos, haciendo una gran hoguera entre las cenizas de las víctimas anteriores, que se quedan en el aquel campo y nunca se quitan de allí.

*Capítulo VII*  
*Oraciones y ofrendas de sangre propia a los ídolos*  
*Ataque de un cacique traidor*

Y cuando el pueblo ve que entre el acostumbrado murmullo de los sacerdotes se les refriegan los labios a los dioses [con la sangre de las víctimas], hacen entonces sus votos y oraciones, pidiendo buenas cosechas de los campos y demás sementeras, salubridad del aire, paz o victoria si hay que pelear, y que los libren de la oruga y la langosta, de inundaciones y de sequía, de fieras y cualesquier adversidades: cada uno pide según el cuidado que le aqueja.

No contentos con estas ceremonias, el *cacique* y los sacerdotes y los nobles hacen también ofrenda, aunque sólo a un simulacro. Fijándolo en la parte alta de un asta de tres codos, con suma pompa los ancianos graves lo sacan del templo donde lo guardan religiosamente todo el año, a la vista del cielo. También éste es semejante a las deidades del infierno, como para espantar a los hombres las pintan en las paredes. Van delante los sacerdotes con sus ínfulas: cada pelotón del pueblo lleva en la marcha sus banderas, pintadas de mil colores, tejidas de algodón con las imágenes de sus espectros. De los hombros de los sacerdotes, que los llevan cubiertos con varias telas, penden unos cinturones más gruesos que el dedo, hasta las pantorrillas, los cuales, en cada una de sus orladas extremidades, llevan sujeta una bolsa en que llevan los agudos cuchillos de piedra y unos saquitos de polvos, hechos de ciertas hierbas desecadas. Detrás de los sacerdotes van, por orden, el cacique, y junto a él los nobles; después sigue mezclada la muchedumbre del pueblo sin dejar uno; a ninguno que pueda tenerse de pie le es permitido faltar a esta superstición.

Llegados al lugar designado, poniendo primero debajo hierbas olorosas o colchas pintadas para que el asta no toque el suelo,

hacen alto, sosteniéndola los sacerdotes, y saludan al diablillo con sus acostumbrados cantares e himnos; los jóvenes saltan alrededor, bailando y danzando, y ostentando agilidad con mil géneros de juegos, agitando los dardos y los escudos.

Hecha una señal por los sacerdotes, cogen todas las navajas y volviendo la vista al simulacro, se hieren ellos mismos la lengua con incisiones, otros se la traspasan, la mayor parte la dividen hasta derramar no poca sangre; y todos con aquella sangre, como lo hemos dicho de los sacrificios anteriores, restregan los labios y la barba del necio simulacro; de seguida, echándose el polvo aquél de la hierba, llenan las heridas. Dicen que aquel polvo tiene tal virtud, que las úlceras se curan en pocas horas de modo que nunca se conoce que las hubo.

Hechas estas cosas, los sacerdotes abajan un poco el asta, y primero el *cacique*, después los nobles y por fin los plebeyos, le hablan al oído al simulacro. Cada cual le expone las turbias tempestades de su alma, y cuchicheando con temor reverente y con la cabeza inclinada, le suplican que les favorezca fausta y felizmente en lo que descan. Engañados así por los sacerdotes se vuelven a casa.

Mientras los nuestros se ocupaban en investigar estas cosas y otras ociosas, llegaron uno tras otro varios espías, dando parte de que *Diriagen* venía armado con intención, no sólo de retirar lo que él mismo había dado a los nuestros, sino también de matarlos. Ellos supieron que se aproximaba ya, confiado en que eran pocos según los había espiado, y con la esperanza de apoderarse de lo que tenían consigo. También ellos hacen estima del oro, aunque no como moneda, sino para hacer joyas y adornarse con ellas. Llegó pues, con gran chusma de gente armada a su usanza, y acometió a los nuestros, que si los hubiese encontrado desprevenidos, los habrían matado sin dejar uno. Hubo recio combate hasta la noche.

## Capítulo VIII

*Reduce Gil González al cacique Nicoyán, rebelde  
Gran lago en Nicaragua ~ ¡Sin encontrar el estrecho!*

Aquí cuenta muchas cosas, que omito para que yo no te moleste a tí, y tú al Pontífice y a tus amigos. Infiérelas. Un puñado de los nuestros venció a muchedumbres muy grandes. Refiere con piadoso temor que los asistió Dios, Señor de los ejércitos, y los sacó sin novedad de aquel peligro.

El cacique *Nicoyán*—que había dejado a la espalda yendo en pos de la cambiada fortuna, y a cuyo territorio se había visto precisado a regresar—trataba asimismo de matarlos para quitarles el mucho oro que llevaban. Sospechándolo Gil González, no se fió de *Nicoyán*.<sup>5</sup> Formando los soldados y guardando las filas, y colocando los enfermos y el oro en medio del escuadrón, con los cuatro caballos y los diecisiete arqueros y arcabuceros rechazó el furor de los enemigos y mató a muchos. Pasó aquella noche sin dormir: apenas amaneció pidieron la paz; les fue concedida, y se volvieron al *puerto de San Vicente*, de donde habían salido.

Encontraron que habían regresado las naves, que ya habían recorrido hacia Occidente unas trescientas leguas de mar desconocido, entretanto que el mismo capitán hacía estas investigaciones en lo interior. Y se habían vuelto, como él lo dice, para reparar otra vez en aquel puerto las naves.

Los alrededores de *Nicoragua* los describe así. Al lado interior del mismo palacio de *Nicoragua* dice que halló un lago de agua dulce tan largo que no pudieron explorar su fin, y cuenta que sus aguas experimentan flujo y reflujo, por lo cual opina que debe llamarse mar de agua dulce, y dice que está lleno de islas. Preguntando a los indígenas dónde desagua, y si lo hace en el mar vecino, que dista tres leguas, declararon que no tiene salida ninguna, particularmente al próximo mar austral; pero dice que dejaron en duda si desaguaba o no por otra parte. Por esto él es de parecer, conforme dice que lo tienen por seguro

---

<sup>5</sup> Aquí Anglería confunde las intenciones del cacique Nicaragua con las del cacique Nicoya

fundándose en la opinión de los marinos, que aquélla es la aglomeración de aguas que se corresponden con el mar septentrional, y que allí se podrá encontrar el tan descado estrecho.

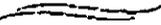
Si deseas saber lo que yo opino en ésto, digo, y sea dicho excusándole, que no ha encontrado el estrecho. Ya por ser las aguas potables, ya porque los naturales no saben que tengan salida, tenemos que continuar atormentados del mismo deseo [de saber] si estrecho alguno corta aquellos extensísimos territorios.

Tomado de  
**De Nove Orbe**  
*Década Sexta, Capítulos I-VIII*



# Expedición de Gil González de Ávila a Costa Rica y Nicaragua

según la refiere el Cronista de las Indias  
Gonzalo Fernández de Oviedo



## Capítulo XIV

*Cómo el capitán Gil González de Ávila fue a la Tierra-Firme  
con el piloto Andrés Niño, para ir desde Panamá a descubrir  
por la mar del Sur, por mandato del César.*

Había andado en la Tierra-Firme un piloto, llamado Andrés Niño; y éste, como vió preso al adelantado Vasco Núñez [de Balboa], sintió que de su prisión no podía resultar sino su perdición, y que pudiendo haber aquellos navíos que él tenía hechos, se esperaba con ellos saber grandes cosas, y descubrir grandes riquezas en la mar del Sur.

Esta invención fue del tesorero Alonso de la Puente, el cual, con un criado suyo, llamado Andrés de Cereceda, que envió a España con este piloto, se puso entre ellos por movedor de la cosa. Llegados a España a la corte, el Andrés Niño intentó la negociación, y como no halló tanto crédito para que se le fiase el cargo, puesto que era diestro piloto y experimentado en las cosas de la mar, juntáronse él y el Cereceda con Gil González de Ávila—contador del César en esta ciudad de *Santo Domingo e Isla Española*—que estaba en aquella sazón, el año de 1518, en la corte, el cual había sido criado<sup>1</sup> del obispo de Palencia, don Juan Rodríguez de Fonseca, Presidente del Consejo de estas Indias; y le dieron aviso de la prisión de Vasco Núñez, y concertados con él, pidió Gil González el descubrimiento, y obtuvo la merced, por causa del obispo, para que él y Andrés Niño, con sus dineros y los de otros armaran, tomando Sus Majestades la parte que fuesen servidos de tener en esta armada.

<sup>1</sup> Léase protegido.

Y hecha su capitulación, dióscle una *cédula*, en que el Rey mandó a su lugarteniente general y gobernador de *Castilla del Oro*, porque era informado que Vasco Núñez de Balboa, sin licencia especial de Su Majestad, fue a la parte de la *mar del Sur* a hacer cierto descubrimiento con ciertos navíos y gente, y que en él tomó y hubo algunas cosas, y que al presente el Vasco Núñez estaba preso, y porque Su Alteza enviaba a Gil González de Avila y Andrés Niño con cierta armada al descubrimiento de la *mar del Sur*; por tanto mandó que en recibiendo su *cédula*, proveyese cómo se entregasen a Gil González todos los navíos y fustas que Vasco Núñez llevaba y quedaron de su armada, para que con los demás, que de España llevaba, pudiese hacer el dicho descubrimiento y viaje, por ante un veedor que para ello el gobernador de *Castilla del Oro* nombrase, que le hiciese cargo de todo por inventario, y que lo proveyese luego el gobernador, como cosa que mucho tocaba a su servicio real.

Esta *cédula* yo la ví y se despachó en Barcelona a 18 días de junio de 1519, y no habla con gobernador señalado, porque entonces se trataba de enviar a *Castilla del Oro* otro, y quitar el cargo a Pedrarias Dávila. Y así en la misma Barcelona fue proveído de aquel oficio y gobernación, desde a pocos días, Lope de Soza; pero cuando Gil González llegó a la Tierra-Firme, ya había pasado lo que se ha dicho en el capítulo precedente del viaje del licenciado Espinosa.<sup>2</sup>

Y pocos días antes que Lope de Soza muriese,<sup>3</sup> llegaron al Darién el capitán Gil González de Ávila y el piloto Andrés Niño, para entender en su descubrimiento, en el año de 1520, poniendo Su Majestad cierta cantidad, y armando en su real compañía Andrés de Haro, burgalés, y los mismos capitán Gil González y piloto Andrés Niño, y el susodicho Andrés de Cereceda que iba proveído por tesorero, y otros particulares que también ponían su parte en la armada. Y luego Gil González, desde *Acla*, comenzó

<sup>2</sup> Gaspar de Espinosa, por orden de Pedrarias, había tomado los barcos del ajusticiado Balboa e ido a explorar la costa del Mar del Sur hasta la entrada del golfo de Nicoya

<sup>3</sup> El nuevo gobernador murió al desembarcar en Castilla del Oro, de modo que Pedrarias Dávila continuó al frente de la gobernación de esa provincia.

a entender en su despacho, y en hacer ciertos navíos en el río que llaman de la *Balsa*, que va a dar a la *mar del Sur*, en el *golfo de San Miguel*; porque aunque presentó la cédula que he dicho, y requirió con ella a Pedrarias, aprovechó poco, porque a aquellos navíos de Vasco Núñez opusieron muchos, diciendo que eran de compañía. Y atender a ésto estaba Pedrarias muy puesto en estorbar a Gil González, y esta contención no se acabara sin estar primero podridos los navíos, y a esta causa fuera más [difícil] aparejarlos que hacer otros.

En esta armazón entraron el tesorero Alonso de la Puente y el contador Diego Márquez, oficiales de Castilla del Oro, por cuyo respecto Gil González y sus consortes la pudieron sacar a luz; porque de otra forma fuera imposible, porque al gobernador le pesaba de esta armada, y le parecía que además de ser en vergüenza suya ir a su gobernación a armar a otro, con licencia del Rey, le era gran cargo y ofensa, y se apocaba su crédito, y no deseaba que por manos de otro se hiciese ni se supiese cosa alguna de aquella mar del Sur. Y así, en cuando él podía, por diversas formas, daba desvíos a la expedición y aviamiento de Gil González con muchas cautelas.

Sentido esto por el capitán Gil González, y entendido en parte la condición y codicia del gobernador, y por aviso de los oficiales, el tesorero Alonso de la Puente y el contador Diego Márquez, que de más días y mejor le tenían conocido, se acordó de meterle en compañía en la armada, porque por esta vía sería fácil cosa el despacho; y así Gil González le movió un partido algo donoso, y fue que le vendiese Pedrarias un negrillo que tenía volteador, y que le daría por él trescientos pesos, y que aquellos los tuviese Pedrarias en la armada, y gozase lo que de ella procediese por rata lo que le cupiese, por razón de los trescientos pesos. Con esto, luego entró y vendió al negro en el precio que he dicho, y se asentó aquella cantidad en el caudal por Pedrarias, como armador y partícipe de la compañía de aquella armada, como si de otra cosa [Gil] no tuviera tanta necesidad como de un muchacho que voltease, que aun para grumete no era: y con esto luego

le comenzó a favorecer el gobernador, y dió lugar a su despacho, puesto que a la verdad, aunque lo disimulaba, todavía le pesaba en el ánimo de este descubrimiento, el cual se hizo de la manera que se dirá en el siguiente capítulo.

*Capítulo XXI*

*Que trata de algunas cosas notables que pasaron en la Tierra-Firme entre el gobernador Pedrarias y el capitán Gil González Dávila y otros capitanes, en tanto que yo estuve en España negociando la ida del nuevo gobernador Pedro de los Ríos, para que Pedrarias fuese removido, y la relación de lo que descubrió el capitán Gil González en la mar y costa austral de la Tierra-Firme, y porque es larga la narración de lo uno y de lo otro, irá este capítulo dividido en ocho párrafos.*

Acordárcos debe, lector, si habéis continuado la lección, cómo de haber sido removido Pedrarias del oficio de la gobernación de *Castilla del Oro*, o al menos proveído Lope de Sosa en su lugar, le quedó mucha indignación contra mí; y también habréis visto por qué vía y rodeo se trataron mis trabajos, y fui acuchillado a traición, y cómo y con cuanta razón y causa acordé gastar cuanto tenía, siguiendo mi justicia en España, y pidiendo gobernador contra Pedrarias; y cómo en fin Su Cesárea Majestad, como justísimo Príncipe, proveyó de aquel oficio y gobernación de *Castilla del Oro* a Pedro de los Ríos. Y pues está dicho que el año de 1526 fue a Tierra-Firme, y yo con él a pedir mi justicia, y en lo que paró parte de ello, antes que a más se proceda, conviene a la historia que se digan algunas cosas notables que pasaron en Tierra-Firme, desde el año 23 hasta el de 26 que estuve ausente, entre Pedrarias y el capitán Gil González Dávila y otros capitanes, porque son cosas notables y del mismo jaez de esta historia.

i

En el capítulo XIV se dijo cómo Gil González había ido a descubrir en la mar del Sur con una armada, de la cual fue por piloto mayor Andrés Niño; el cual viaje hizo, y al tiempo que yo me partí de Acla para ir a España, como se dijo en el capítulo prece-

dente, llegó a Panamá de vuelta de su viaje el capitán Gil González con el oro y razón de lo que había descubierto, y cómo había hallado una laguna muy grande, que se pensaba que era mar dulce, en la provincia de Nicaragua, y había convertido y bautizado muchos millares de indios; y que tornado a Panamá se fundieron noventa y tantos mil pesos de oro que trajo, y apartado el quinto de Su Majestad para enviarlo a España, quisoselo embarazar Pedrarias, diciendo que Gil González había venido a esta ciudad de Santo Domingo con el oro del Rey, y que si algún desastre o caso siniestro le acaeciese, a él sería cargo, si no pusiese recaudo en ello, para que se enviasen seguros a Su Majestad quince mil pesos y más, que eran de aquel oro el quinto. Gil González decía que él lo había ganado en la armada, que estaba a su cargo, y los que con él habían ido con mucho trabajo, y que con la lanza en la mano lo había sacado de las manos de sus enemigos e infieles, que menos sería llevarlo por tierra y mares de Sus Majestades y de los amigos, y que él lo ponía en recaudo y daría cuenta de ello, y si necesario fuese, iría en persona a la corte a llevarlo a sus Majestades.

Todo esto contradecía Pedrarias y ponía inconvenientes para que el oro quedase en su poder o en la persona que él mandase; pero en fin Gil González se partió con el oro, y vino a la ciudad y puerto de Nombre de Dios; y después de partido, cayó en mayor arrepentimiento Pedrarias, por haberlo dejado ir, y luego se puso en camino tras él para prenderlo y tomar el oro. Y cuando llegó al Nombre de Dios, hallóle embarcado y hecho a la vela. Y así se vino Gil González a esta ciudad de Santo Domingo de la isla *Española*, y desde aquí envió a España al tesorero Andrés de Cereceda con el oro del quinto de Su Majestad, y para que hiciese relación del descubrimiento, porque se había hallado presente a ello. Lo cual diré aquí con brevedad que supiere decirlo, porque es en parte que conviene a la historia.

## ii

Dicho tengo que el primero que descubrió la mar del Sur a los

cristianos fue el adelantado Vasco Núñez de Balboa; y asimismo he escrito cómo con sus navíos fue [después que le degollaron] enviado por capitán a descubrir por la mar del Sur el licenciado [Gaspar de] Espinosa, alcalde mayor y teniente de Pedrarias, y lo que de aquella mar y costa vió lo dije en el capítulo XIII, conforme a las alturas y grados en que está la costa e islas, de que en su viaje se tuvo noticias, siendo piloto mayor en aquel camino Juan de Castañeda. El tercero que de los españoles navegó en el mar austral fue el capitán Fernando de Magallanes, cuando descubrió aquel memorable grande Estrecho en el año de 1520, por el cual entró por la boca que tiene al Oriente y fue por la mar del Sur y por alta mar a las islas de Maluco y Especiería, lo cual también queda dicho en el LIBRO XX. El cuarto capitán y descubridor en la costa austral fue el capitán Gil González Dávila y el piloto Andrés Niño, y lo que se acrecentó por su industria en la moderna cosmografía, he de decirlo como la carta enmendada lo platica y yo la he visto de la mano del cosmógrafo Alonso de Chaves, al cual no culpo en aquello que él no hubiere visto en la discrepancia de los grados, porque soy tan obligado a creer, o mejor diciendo, testificar lo que mis ojos vieren, como a lo que otros que no lo navegan quisieren significarme.

Yo dije que lo último que el licenciado Espinosa y Juan de Castañeda descubrieron fue hasta ver el embocamiento del golfo de *San Lúcar*—que mas cierto se llama de *Orotina*—pero no entraron en él; la cual ensenada está entre el promontorio o punta de la *Herradura* y la punta o promontorio del *Cabo Blanco*, y de allí no pasaron.<sup>4</sup> Y hasta allí hay ciento ochenta leguas, pocas más o menos, aunque nuestros pilotos las llaman doscientas, y así lo serían o más por la costa, tierra a tierra: y de allí adelante se atribuye a esta otra armada, de que fue por capitán Gil González de Ávila. Y todo lo que Andrés Niño anduvo más que el licenciado Espinosa, fueron hasta cien leguas y cuanto más ciento veinte hasta la bahía de Fonseca, puesto que tierra a tierra por la costa serían algunas más; pero no las que Gil

<sup>4</sup> Durante ese viaje fueron capturados dos indios que, llevados luego a Panamá, aprendieron el castellano y sirvieron de intérpretes en la siguiente expedición de Gil González

González y Andrés Niño se jactaban, que les daban nombre de seiscientos cincuenta desde Panamá a donde había Andrés Niño llegado,<sup>5</sup> Y Gil González decía que por tierra había él caminado trescientas veinte leguas, desde donde tornó con ciento doce mil pesos que le dieron los caciques, y más de la mitad de ello de oro muy bajo: a mi me escribió que se habían bautizado treinta y dos mil ánimas o más de su voluntad y pidiéndolo los indios; pero me parece que aquellos nuevamente convertidos a la fe la entendieron de otra manera, pues al cabo le convino a Gil González y su gente salir de la tierra mas que de paso.

Hallaron grandes poblaciones, y descubrieron una grandísima laguna, que pensaron que era mar dulce, en las costas de la cual viven grande multitud de pueblos y gentes de indios, lo cual yo ví después muy mejor, cuando fuí a aquella tierra, y se sabe más puntualmente. Y cuando se hable adelante en particular de aquella gobernación de Nicaragua, se dirán muchas cosas más, allende de las que estos armadores vieron, a los cuales no se les debe negar el loor de su trabajo. Pero tornemos al camino, que en la verdad fue harto menos de lo que Andrés Niño y Gil González le pintaron y no fue menos de lo que yo aquí les atribuiré.

### iii

Gil González, hizo cuatro navíos en el río que llaman de Balsa, que no estuvieron para navegar y se perdieron todos, y en esto gastó mucho tiempo y dineros, y tuvo mucho trabajo. Después hizo otros cuatro en la isla de Perlas, que está en el golfo de San Miguel, y de allí se partió esta armada a los 21 días de Enero de 1522, y después que navegaron hasta cien leguas al Occidente, dijeron los marineros que toda la vasija del agua estaba perdida, y que no se detenía en ella el agua ni se podía remediar sin hacerse otra, y también hallaban ya los navíos tocados de mucha broma; y por eso les fue forzado sacar en tierra todo lo que llevaban donde mejor disposición hallaron, y poner a

<sup>5</sup> Andrés Niño avanzó más allá del golfo de Fonseca, hasta Tehuantepec, como él insistió, y lo confirma un aviso que los indios dieron a Hernán Cortés sobre la presencia de barcos en la Mar del Sur por aquel año

monte los navíos para adobarlos. Lo cual lloró por algunos años después el cacique de Burica, porque este adobo se hizo en su tierra y muy a su costa y de su gente, y les hizo hartas fuerzas y sinrazones Andrés Niño y sus marineros; y así después lo pagó con su cabeza, y le mataron indios, como se dirá en su lugar. Desde allí enviaron un bergantín a Panamá por pez para brear y por otras cosas, y como la gente no se podía sostener allí, donde los navíos estaban, por falta de mantenimientos, y porque se guardase el bastimento, que era para el camino de la navegación, fue necesario que el capitán Gil González, con cien hombres se entrasen la tierra adentro para sostenerse, en tanto que la pez venía y la vasija se hacía y los navíos se adobaban, y también para comenzar a granjear oro, que era lo que principalmente buscaban; porque de armada hecha por muchas bolsas no se puede sospechar que el deseo de henchirlas es poco, ni que la codicia de los ministros de ella sea el mayor cuidado, sino el mayor intento de los armadores. Así que, caminando Gil González la tierra adentro hacia el Poniente, algunas veces se halló tan apartado de la costa, que se vió arrepentido; pero dejó mandado a Andrés Niño, que quedaba con los navíos, que venida la pez, y adobados los navíos, y hecha la vasija, se fuese la costa abajo al Poniente, y que andando ochenta o cien leguas, si llegase más presto, le esperase en el mejor puerto que por la comarca hallase, porque así lo haría él, si primero llegase.

Yendo Gil González por la tierra adentro, sosteniéndose y bautizando muchos caciques e indios, le sucedió que a causa de pasar los ríos muchas veces, a pie y sudando, le sobrevino un tullimiento de una pierna, que no podía dar un paso a pie, ni dormir de noche ni de día del dolor, ni caminar a pie ni a caballo; y por esto le llevaban en una manta atada en un palo, muchas veces en hombros de indios y de cristianos, y de aquesta manera fue hartas jornadas. Mas porque el caminar era así muy dificultoso, como por las muchas aguas que entonces hacía, hubo de pararse en casa de un cacique principal, aunque con harto cuidado de velarse—el cual *cacique* tenía su pueblo en

una isla que tenía diez leguas de longitud y seis de latitud, la cual hacía dos brazos de un río muy poderoso—y aposentóse Gil González en la casa del *cacique*, que era tan alta como una mediana torre y de hechura de un pabellón, armada sobre postes, y cubierta de paja, y en medio de ella le hicieron una cámara, por la humedad, sobre postes, y tan alta como dos estados.

Desde a quince días que allí estaban, llovió tanto y crecieron los ríos de tal forma, que anegaron y cubrieron toda la isla, y en la casa donde el capitán estaba, que era lo más alto, llegó el agua a dar a los pechos de los hombres; y de ver aquesto los españoles pidieron licencia al capitán, para irse a valer fuera del pueblo en los árboles, y él se las dió, y se quedó allí en aquella gran casa con la gente mas de bien, esperando lo que Dios quisiese hacer, y pensando que no bastaría el agua a derribarla, y conjeturando en esta sospecha, y temerosos de ver crecer el agua sin saber hasta cuándo. Con este cuidado tenían en lo alto de la casa puesta una imagen de Nuestra Señora y una lámpara de aceite que la alumbraba, y cada hora se venían allí más compañeros de los que no se hallaba de su propósito de fuera y en otras partes: y a la media noche se quebraron todo los postes, y cayó la casa sobre los que estaban dentro, y derribó la cámara donde estaba el capitán, y quedó sobre dos muletas de pie encima de la cámara, el agua a los muslos, y llegaron las varas de la techumbre al suelo y quedaron los compañeros el agua a los pechos. Plugo a Dios que con cuantos golpes dió la casa sobre el agua vino poco a poco al suelo, sin dar golpe en tierra y sin hacer fuerza para que la lámpara se muriese; que fue muy gran socorro no quedar sin lumbré, para hallar manera con que saliesen de allí y no se ahogasen, que estaban como los pájaros que se toman —o ratones—con la losilla, puestos todos debajo de una sobrecopa. Y así rompieron con un hacha la techumbre de la casa, y por allí salieron los compañeros que con el capitán se habían quedado, y a él le sacaron en los hombros, porque los demás se habían con tiempo acogido, con licencia de Gil González, a los árboles, y con ellos los indios mansos que tenían de servicio.

Y de esta manera lo llevaron, dando voces para que los compañeros y el capitán se pudiesen juntar, lo cual se hizo con mucha fatiga. Después que fueron juntos, colgaron una hamaca o manta de un árbol a otro, en que el capitán fue puesto, y así estuvieron hasta que fue de día, no cesando en toda la noche de llover mucho y con muchos truenos y relámpagos; y de esta forma estuvieron hasta que el agua cesó y menguaron los ríos y tornaron a su curso. Y temiendo que podría tornar a acaecerles lo mismo, hicieron sobre los árboles con varas y ramas ciertos sobrados y cámaras cubiertas con hojas, y de tal manera que tenían fuego en ellos; en los cuales sobrados se socorrieron otras dos veces por otras crecientes, huyendo de las otras casas bajas. Después quedó la tierra tan llena de lama y cieno y de árboles que el río trajo, que a gran pena podían andar por allí.

En este trabajo se les perdieron algunas espadas y rodelas y vestidos, y recibieron mucho daño, a causa de lo cual hicieron daragas de algodón bastado, en lugar de las rodelas que perdieron; y como el agua les llevó los mantenimientos, fuéles forzado ir a buscar de comer hacia la costa, que era su intento, de la cual estaban desviados diez leguas o más, y por tierra no podían, y por esto hicieron balsas de madera y árboles atados unos a otros: y así pusieron encima de ellos su fardaje y sus personas con los indios que traían y les servían, y fueron por el río abajo hasta llegar a la mar, aunque eran más de quinientas ánimas los que en esta flota de balsas iban. Y como algunos compañeros llegaron de noche, arrebatólos la corriente del río y sacólos a la mar a medianoche, metiéndolos la resaca muchas veces debajo del agua; y otro día, desde la costa, los veían esos otros dos leguas dentro de la mar, y como la menguante los había apartado de la tierra, la creciente los volvía después. Pero el capitán viéndolos en tal peligro, mandó entrar en otras balsas pequeñas y algunos compañeros sueltos nadadores, y fueron allá y los trajeron: a los cuales hallaron tales, que ya se dejaban de ayudar, rendidos a la muerte y desanimados del cansancio y fatiga; pero plugo a Dios que ninguno se perdió. Mas es de creer que se acordaron muchas

veces con cuanto menos peligro ganaban de comer, estándose en su patria. En fin, estas cosas los hombres han de hacer, y no todos, sino aquellos que son para más que otros.

Recogida esta gente a su capitán, caminaron por la costa de la mar al Poniente, y llegaron a un golfete que se dice San Vicente, donde hallaron a Andrés Niño, que acababa de llegar con los navíos aderezados y con la vasija del agua hecha. Y una vez pensó el capitán Gil González de meterse en la mar y hacer su descubrimiento con los marincros, porque no tenía piernas para andar por tierra a pie ni a caballo, y quiso dejar en tierra un teniente con los hombres que llevaba. Y como la gente tuvo conocimiento de esto, comenzaron a murmurar y quejarse de él, porque dejaba su compañía, y porque ya habían comenzado a topar mayores caciques, y la esperanza de enriquecerse aumentaba, y en tierra había más aparejo que en la mar para hallar oro: y así por esto como por el contentamiento de los soldados, y porque con su presencia se harían mejor las cosas que tocaban a la paz y a la guerra, acordó de quedar en tierra, y con cien hombres y cuatro caballos proseguir adelante. Y mandó que un teniente suyo, con Andrés Niño y otros pilotos juramentados, midiesen y asentasen las leguas que se anduvieron en el descubrimiento de lo que viesan, y así por mar como por tierra se continuase el viaje la vía del Poniente, con intención de hacer paces y con buen tratamiento a todos los caciques y señores que hallasen; y a los que por bien no quisiesen la paz, se les hiciese la guerra. Y quedaron allí dos navíos y parte de la gente en guarda de cuarenta mil pesos de todos oros, que ya habían habido; y Andrés Niño fue con los otros navíos adelante a descubrir, y Gil González prosiguió por la tierra: y acordóse que al mismo puerto se tornasen a recoger.

Este golfo de San Vicente, si yo no lo tengo mal entendido, está en la punta o promontorio que está próximo a la isla del Caño, la cual punta dista de la equinoccial ocho grados y medio a la banda de nuestro polo; y de allí adentro es el ancón o golfo, y lo que de él es más septentrional en la costa está a nueve

grados de la línea del equinoccio, y dentro de esta ensenada están algunas islas pequeñas.

## iv

Dada la orden que es dicho, en el camino de la mar y de la tierra, por donde iba el capitán Gil González, se bautizaban muchos caciques e indios de su voluntad; y llegó a un cacique llamado Nicoya, el cual le dió catorce mil pesos de oro, y con él seis mil personas más se bautizaron y tornaron cristianos, y quedaron tan amigos de los cristianos nuestros españoles, que en diez días que allí estuvicron, cuando se quiso partir Gil González, le dijo el *cacique*, que pues que no había de hablar ya con sus ídolos, que se los llevase. Y no le diera él tantos cuantos el capitán tomara de buena voluntad, y así le dió seis estatuas de oro tan grandes como un palmo, y algunas algo mayores; y rogóle que le dejase algún cristiano de los nuestros que le dijese las cosas de Dios, lo cual no osó hacer Gil González, por no aventurarle y porque llevaba poca gente.

Decíame Gil González que desde aquel golfo de San Miguel hasta *Nicoya* anduvo cincuenta leguas—pero harto menos camino hay—y no me maravillo, porque entonces no se sabía la tierra.

Allí tuvo noticias del *cacique* de *Nicaragua*, y muchos indios principales, que consigo llevaba, le aconsejaron que no fuese allá, porque era muy poderoso, y aun los españoles le decían lo mismo; pero el capitán no quiso temer sin ver de quién y prosiguió su camino. Y una jornada antes de su pueblo envió las lenguas que llevaba y seis indios principales de los que con él iban, y envióle a decir lo que a otros caciques acostumbraba, y era esto: *Que él era un capitán del gran Rey de los cristianos, que por su mandato iba a aquellas partes a hacer saber a todos los caciques principales o señores de ellos, que en el cielo, mucho más alto del sol, hay un Señor que hizo el sol y la luna y cielos y estrellas, y a los hombres y animales y aves y la mar y los ríos y los pescados y todas las otras cosas; y los que esto creían y lo*

*tenían por Señor son los cristianos, y cuando mueren, van arriba donde él está y gozan de su gloria; y los que no son cristianos, van cuando mueren, a un fuego que está debajo de la tierra a penar para siempre: y que todos los señores o caciques o principales, a quien en aquella lengua llaman calachuni, que atrás quedaban hacia donde el sol nace, lo sabían ya, y él y otros capitanes se lo hablan dicho y lo creían así, y tenían por señor al Rey de Castilla, cuyos eran aquellos cristianos y el capitán, y se hablan hecho cristianos y quedaban por vasallos del Rey de Castilla. Y que él iba a decirlo a los otros calachunis y príncipes de hacia donde el sol se pone, porque Dios así lo manda; y que le rogaba que lo atendiese en su pueblo con sus indios y gente toda, y que no hubiese miedo; y que él le diría otras cosas muy grandes de este mismo Dios, con que habría mucho placer, sabiéndolas; y que si esto no quisiese hacer, ni ser vasallo del gran Rey de los cristianos, que se saliese al campo de guerra, que otro día sería con él.*

Aquel mismo día en la tarde, ciertos escopeteros, probando la pólvora, pusieron fuego a su posada y a la del capitán, y quemáronse ellos mismos, que fueron tres, lo cual dió mucha turbación a los demás todos, por ser en víspera de tal jornada como la que esperaban otro día. Y el capitán, como era caballero y de gentil ánimo, les habló y dijo lo que era razón para que no temiesen ni hubiese flaqueza en ninguno, pues que eran españoles y de patria donde tan valerosos corazones se crían. Decíales que se acordasen que cuando el conde Fernando González había querido dar la batalla a los moros y a su rey *Almanzor*, que la tierra se abrió y tragó a un caballero cristiano, y por eso no dejó de ser vencedor el conde, y quedó más victorioso; y que así esperasen que lo serían ellos, si a las armas viniesen, y que aquello cada día acaecía a los que trataban la pólvora—cuanto más que aquellos vivirían. Y así a este propósito les hizo un gentil razonamiento, con que quedaron de voluntad y ánimo aparejados a todo lo que pudiese sucederles.

Allí dejó el capitán los tres escopeteros a curarse y otro hombre con ellos, y al día siguiente llegó una legua del pueblo

y topó cuatro indios principales con los otros que él había enviado; y aquellos cuatro dijeron a Gil González que el *calachuni* le esperaba en su pueblo de paz y como amigo. Y en llegando, aposentó al capitán y a los españoles en una plaza y casas de alrededor de ella, y luego le presentó parte de quince mil pesos, que en todo le dió; y Gil González le dió una ropa de seda y una gorra de grana y una camisa de Holanda delgada y otras cosas de Castilla. Y en dos o tres días que se le habló de las cosas de Dios, dijo que quería ser cristiano él y sus mujeres e indios, y en un día se bautizaron más de nueve mil personas, con tanta voluntad, a lo que mostraban, que de placer y devoción lloraban algunos de nuestros soldados, dando gracias a Dios de lo que veían.

Allí estuvieron el capitán y su gente ocho días, y se pusieron dos cruces, como lo acostumbraban hacer en los otros pueblos; y puso una muy grande en un montón de tierra grande de gradas, y en cada plaza tienen uno de estos montones de tierra, que parece que los mismos montones piden la cruz; y dejó otra en su mezquita, que el mismo *calachuni* la llevó en sus brazos, y quiso que allí se pudiese.

Esto de estos montones no lo entendió Gil González ni los cristianos entonces para qué efecto los tienen; y es para sacrificar y matar hombres, como se dirá en su tiempo adelante, cuando se hable de esta gobernación de *Nicaragua*—la cual gente es de la misma lengua de México y de la Nueva España.

Desde a ocho días que Gil González allí estuvo, pasó a otra provincia, seis leguas de allí, y halló seis pueblos a legua y a legua y media o dos uno de otro, de cada dos mil vecinos cada uno de ellos; y después que les hubo enviado sus mensajeros, se aposentó en uno de estos, y los señores le fueron a ver, y le presentaron oro y esclavos, y dieron de comer a los cristianos. Y como sabían que *Nicaragua* y sus indios se habían bautizado, dijeron que también querían ser ellos cristianos; y vino cada señor con su gente a recibir el bautismo, y cada día de otros pueblos enviaban a pedir a Gil González que les enviase el capellán que los bautizase y les dijese las cosas de Dios. Y así se hacían y madru-

gaban los de un pueblo y de otro para [ver] cuál llevaría antes el clérigo.

Estando en medio de esta buena obra, parece ser que otros *caciques* grandes, que estaban adelante, hubieron noticia de estos nuestros españoles, y también sabrían cómo les presentaban *taguizte*—que así llaman al oro en aquella lengua—y uno de ellos, llamado *Diriajen*, vino a ver a Gil González, y llevó consigo hasta quinientos hombres, y cada uno con un pavo o pava o dos en las manos, y detrás de ellos diez pendones o banderas pequeñas sobre sus astas, y todas blancas, y detrás de estos pendones diecisiete mujeres, todas casi cubiertas de patenas de oro y doscientos y tantas hachuelas de oro bajo, que pesaba todo más de dieciocho mil pesos. Y más atrás, cerca del *calachuni* y de sus principales, venían cinco trompetas, o mejor dicho pífanos, y cerca de la posada del capitán Gil González tocaron un rato; y acabado de tañer, entraron a verle con las mujeres y el oro. Y mandóles preguntar que a qué venían, y dijeron que a ver quién eran: que les habían dicho que era una gente con armas que andaban encima de unas animalias de cuatro pies; que por ver quién eran y lo que querían, los venían a ver. Entonces el capitán Gil González hízoles hacer aquel su sermón que se hizo a *Nicaragua*, y él acostumbraba hacer a los indios con las lenguas a la soldadesca—después de haber puesto en recaudo el oro—y respondieron que querían ser cristianos. Preguntóseles que cuándo se querían bautizar, y dijeron que desde a tres días venían a ello.

Es de pensar que estos que nuestra católica fe predicaban a estos indios, no publicaban ni les decían la pobreza que Cristo y sus Apóstoles observaron, con tanto menosprecio del oro y de los bienes temporales, teniendo principal intento a la salvación de las ánimas, ni traían cuchillo, ni pólvora, ni caballos, ni esos otros aparejos de guerra y de sacra sangre. Mirad lo que el Apóstol San Bartolomé hizo, cuando le cupo en suerte la predicación de *Lycaonia* y en la India Oriental, y por consiguiente los otros Apóstoles, do quiera que se hallaron, que si solamente el comer,

otra cosa no tomaban; pero nuestros convertidores tomábanles el oro, y aun las mujeres y los hijos y los otros bienes, y dejábanlos con nombres de bautizados, y sin atender el bien de tan alto Sacramento los que les recibían. Plugiera a Dios que de cada millar de ellos, así bautizados, quedaron diez que bien lo supieran.

Como quiera que ello fuese, este nombre cristiano no place al diablo, ni quiere la salvación de los hombres; y es de pensar que él apartaría del propósito del bautismo aquellos indios, y también ellos vieron el poco número de nuestros españoles, y al tercer día que dijeron—habiendo ido el clérigo en el mejor de los caballos de cuatro que tenían y dos valientes hombres con él, a predicar a unos pueblos no lejos—estando los españoles descuidados de la guerra, sábado 17 de abril [de 1523] a mediodía, y con grandísima calor, dieron sobre el capitán Gil González y su gente hasta cuatro mil indios armados a su guisa, con unos jubones o corazas sin mangas de algodón bastados, y armaduras de cabeza de lo mismo, y rodelas y espadas de palo recias, y muchos de ellos con arcos y flechas—puesto que no tienen hierba<sup>6</sup>—y otros con varas para tirar. Y quiso Dios que a un tiro de ballestas antes que llegasen al lugar, un indio del pueblo donde estaban los cristianos, los vió venir y dió aviso, y lo más presto que pudieron cabalgó el capitán en un caballo de los tres, y recogidos los compañeros en la plaza, delante de su posada, puso la tercia parte de su gente a las espaldas y alrededor, porque como eran muchos los contrarios, temieron que los cercasen y les pusiesen fuego. Y con grandísimo ímpetu, llegados a la plaza, arremetieron a los cristianos, y ellos contra los indios, de manera de torneo, peleando los unos y los otros con el mayor esfuerzo que podía ser. Y estuvo la batalla casi medio cuarto de hora en peso, sin que se conociese cuya había de ser la victoria. Y después de haber herido y derribado en tierra seis o siete españoles, llevábanse otro vivo en peso, sin quererlo matar, a lo que mostraban: y como los de caballo arremetieron y anduvieron un rato entre los enemigos revueltos, atropellando y alanceando, ellos pusieron en huida:

<sup>6</sup> Se refiere al yaat, especie de coca, que los indios mascaban para infundirse valor y energía antes de entrar en combate

y siguiendo el alcance, animando a los de pie, los echaron a lanzadas fuera del pueblo. Y en el campo, como el capitán estaba en el mejor de los tres caballos, aunque mal aderezado de jaez, iba de los delanteros esforzando los nuestros, y haciendo como buen capitán, su deber. Y desde que se hubo cansado de alancear a los que a una parte y a otra topaba de los enemigos, pareciéndole que era error dejar tan atrás a su gente, dió la vuelta, en la cual fueron tantas las varas y flechas y piedras que los indios le tiraron, que pasó mayor peligro que cuando de la plaza los echaron.

En fin, como llegó a los delanteros de los compañeros que seguían el alcance fuera del pueblo, no consintió que procediesen adelante, así por su desventaja del poco número, como porque los indios no le tuviesen en poco o sospechasen que no eran más los que quedaban en el lugar, y no se atreviesen a volver sobre ellos y renovasen la batalla, y aun porque en la posada se quedaba el oro solo y que los del pueblo no tentasen otra ruindad viéndolos fuera, e los robasen. Y así lo más presto que pudieron, se recogieron con la victoria, dando gracias a Dios, y se pusieron en orden, esperando la segunda batalla, si se la diesen: lo cual no hicieron por recoger los heridos y muertos y no dejarlos en el campo.

En este tiempo aún el clérigo y los compañeros que con él fueron no eran tomados; y como el pueblo donde fueron, era hacia la parte de donde vinieron los indios que es dicho, pensóse que los habrían muerto. Y luego el capitán les escribió en breves renglones, con un indio del pueblo, que se viniesen luego, diciendo lo que había acaecido; y vino luego el capellán y los dos hombres, sin haber topado quien los enojase. Allí se acordó que diesen la vuelta a buscar los navíos, y se tornasen a la costa, así porque hasta allí la gente había ido contra su voluntad, como porque todos se lo aconsejaron al capitán, y el conoció y vió que no debía hacer otra cosa contra el parecer de todos, y por poner en cobro lo que hasta entonces habían ganado. Y así se lo requirieron los oficiales y algunos otros de los principales españoles, porque vieron que el capitán esa noche tenía en voluntad de dar

en los contrarios por los respetos ya dichos; y porque la gente estaba cansada, y algunos compañeros heridos, y otros enfermos, y por no aventurar el oro que tenían allegado, y además de eso que de los de aquel pueblo no tenían mucha seguridad, dieron la vuelta con pensamiento que llegados a tierra de cristianos, aunque estaban bien lejos de ella, podrían con más gente y caballos y con más propósito volver a castigar y hacer de paz aquella gente, y a saber los secretos de la tierra, porque ella es tal, que ninguno la puede ver sin que le parezca muy bien.

v

Como el *cacique Nicaragua* supo que Gil González se tornaba, y que había peleado con el *cacique Diriajen*, y supo que llevaban los españoles cantidad de oro, pensó de tomárselo y matarlos, como después lo enseñó la experiencia, y así lo sospecharon los nuestros, al pasar de su pueblo; con la cual sospecha el capitán Gil González ordenó su gente, que serían hasta sesenta hombres los que estaban sanos, y hecho un escuadrón; metió dentro en él el oro y la gente flaca y las cargas de la comida y hacienda que llevaban, y a los cuatro cornisales o esquinas iban los cuatro de caballo que tenían, y cuatro escopeteros. Y de esta manera pasaron por el pueblo a las once horas del día, y ya que estaban fuera de la población comenzaron indios de salir en su rastro, y decían a los indios que les llevaban las cargas, que las dejasen y se huyesen con ellas; y así caminando, los sufrían, por no quebrar con ellos; y algunos se atrevían a entrar entre los nuestros a sacar los indios, con las cargas, del escuadrón. Y viendo esta osadía el capitán, mandó a los ballesteros que les tirasen y como hirieron algunos, súbitamente comenzaron a salir del pueblo muchos indios de guerra. Entonces parecióle a Gil González que no se podía excusar de pelear, y mandó al tesorero Andrés de Cereceda y a los que llevaban la guarda del oro que caminasen todo lo que pudiesen, y así mismo los indios que llevaban las cargas del bastimento y ropa, y el capitán con los otros tres de caballo y algunos sueltos peones y ballesteros y rodeleros

y cuatro espingarderos, que todos sería hasta diez y siete, se quedó en la recarga. Y la gente que salía del pueblo era innumerable y muchos de ellos flecheros: y comenzaron a allegarse con mucho denuedo y grita muy grande, tirando flechas, y los de caballo hacían algunas vueltas sobre los enemigos, y otras veces los escopeteros y ballesteros, hiriendo a los que se acercaban. Pero cuando los de caballo volvían, era tanta la prisa del huir de ellos los indios, como la que suelen hacer los peones en mi tierra de aquellos bravísimos toros de la ribera de *Xarama*; y alanceaban algunos, con mucha risa de ver el temor que habían a los caballos. A los indios les parecía gran novedad los hombres a caballo, porque nunca tales animales habían visto, y no era para ellos menor espanto que el de los centauros en las bodas de *Perithoo*, en aquella batalla que Hércules hubo con ellos, pero no obstante el miedo que los indios habían de los caballos, era tan grande la muchedumbre de ellos como enjambres de abejas.

El cansancio que los nuestros hubieron en esta jornada fue muy excesivo; pero mezclado su temor con su esfuerzo y con la prudente diligencia de su capitán, no cesaron de trabajar valerosamente hasta que el sol se quiso poner por una hermosa vega; y lo que mayor fatiga les fue era el pasar de algunos arroyos, por no desamparar los dolientes y pasar los de la resaca adelante, y en cobrar los indios que les dejaban las cargas.

Finalmente, como vieron los contrarios que perdían gente, y que no ganaban nada en seguir a los cristianos, cuando el sol se puso, dijeron que querían paz y el capitán Gil González se las otorgó; y dejadas las armas, tres indios principales mandaron que se quedase atrás toda la otra gente, y vinieron a hablar con los nuestros, disculpando a *Nicaragua* y los suyos; y decían que aquello habían hecho la gente de otro cacique, que estaba aquel día en su pueblo, que se llamaba *Zoatega*, que los españoles no le habían visto, cuando la primera vez por allí habían pasado. A lo cual Gil González respondió que él había visto y conocido algunos indios principales aquel día en la batalla, y que así lo dijese a su *teyte*—que quiere decir lo mismo que *calachuni*

o señor—y que le hacía saber que los cristianos todos que él traía eran *tapaligues*—que así llaman en aquella tierra al hombre experimentado, y al que ha muerto a otro de cuerpo a cuerpo dicenle *tapaligue*—pero que él era contento de la paz, y que si ellos otra cosa quisiesen, que él les haría la guerra de otra manera, porque los cristianos no se cansan, ni han menester *yuat*, que es cierta hierba que los indios traen en la boca, con la cual dicen ellos no se cansan tanto como no teniéndola, sin compasión. A lo cual no supieron los indios responder ni replicaron más en ello, sino volviendo las espaldas iban diciendo: *teba, teba, teba, xuya*: quiere decir *teba* 'bueno', y *xuya* 'vete', como quien dice: 'bien lo dices y bueno eres; vete en buena hora'. Y hablando a los otros indios, iban diciendo estos principales: *toya, toya* muchas veces, que quiere decir 'anda' o 'aguija'; y así lo hacían todos, tornándose hacia su pueblo. Plugo a Dios que ningún hombre ni oro perdieron los nuestros, ni hubo algún herido de ellos, excepto un caballo de una flecha, pero no peligró.

Esa noche reposaron en un cerro, que había en su derecho camino, haciendo buena guarda; pero perdióseles mucha ropa a los compañeros, porque los indios que les llevaban las cargas, eran los más de los de *Nicaragua*, que se los habían prestado a la pasada primero, y como veían que a la vuelta los llevaban de su tierra, dejaron las cargas unos y otros se las llevaron. Y de esta causa quedaron algunos de los compañeros sin vestido, y otros sin comida, por atender a guardar el oro y no dejar a los dolientes, y por no salir de su ordenanza; y los indios que les quedaron, eran más orientales—e hartos de la lengua de Cueva<sup>7</sup>—y como volvían a su tierra y no entendían a los de Poniente, esos no hicieron mudanza; antes [bien] algunos de ellos pelearon muy bien, ayudando a los cristianos. Después que hubieron reposado cinco o seis horas, pasada la medianoche, y salida la luna, tornaron a caminar, por pasar antes del día un mal paso, al cual por otro camino podían ir a él desde el lugar, y tomándole los indios primero, les pudieran hacer mucho daño

<sup>7</sup> Una provincia en la parte oriental de Panamá

a los cristianos; pero no hallaron impedimento en pasarlo, y así caminaron el resto de aquella noche y los días siguientes hasta que llegaron al *golfo de San Vicente*, donde se habían departido, cuando Andrés Niño fue a descubrir desde allí, el cual era tornado hacía ocho días, y decía que había descubierto trescientas cincuenta leguas al Poniente desde allí; pero él se engañó mucho en la cuenta de esas leguas. Por la falta de los navíos, y aun del agua, no pasaron adelante.

A mí me escribió una carta Gil González, que dice que de aquel pueblo de este *cacique* de *Nicaragua* la tierra adentro tres leguas de la costa de la mar del Sur, junto a las casas de la otra parte, está otra *mar dulce*, que crece y mengua, y que él entró a caballo en ella, y tomó la posesión en nombre del Emperador, y que se veía una isla dos leguas adentro o apartada de esta costa de esta agua dulce poblada, y que el tiempo no le dió lugar a saber más en esto; pero que mandó a entrar a algunos cristianos en una canoa media legua adentro, para ver si el agua corría hacia alguna parte, pensando que fuese río, aunque no veían la otra costa de hacia el Norte; y los que entraron no conocieron que hubiese corriente. Y sus pilotos porfiaban que salía aquel agua a la *mar del Norte*; pero él y ellos hablaban por conjeturas y a tienta.

Bien se me acuerda que hablando Plinio de la gente de *Scythia*, dice que Alejandro Magno dijo que aquel mar es dulce, y que Marco Varron escribe que lo mismo fue mostrado a Pompeyo, cuando en la guerra de Mitrídates era allí vecino o estaba cerca de esta mar dulce; y que esto procede por el gran acopio de los ríos que allí entran, que vencen a la salobre agua del mar. Todo esto es de este autor; pero ya tengo dicho cómo en el *golfo de Urabú* con bajamar está dulce el agua, y así podría ser eso que vió Alejandro y vió Pompeyo, y menos es ser dulce la laguna de *Nicaragua*, porque su asiento y sitio es bajo, y acuden a ella infinitos ríos.

Ya he dicho en otra parte que, después que Gil González estuvo en *Nicaragua*, yo fuí a aquella tierra, y ví ésta y otras

grandes lagunas, y muchas otras que dejo para decir las adelante en su lugar.

Tornando al propósito de Gil González, digo que después que llegó al *golfo de San Vicente*, halló que el mayor de los navíos no estaba para navegar ni tenerse sobre el agua, y en los otros y en canoas se embarcó con su gente para *Panamá*.

Pero quiero yo ahora decir la forma de la costa, y lo que navegó Andrés Niño hasta la postrera parte que llegó, y también diré aquella ensenada del *golfo de San Lúcar*, que otros llaman *golfo de Nicaragua*—y otros le dicen *golfo de Orotiña*, y otros *golfo de los Güetares*—y cualquiera de estos dos nombres postreros es su nombre propio. Y he de pintarle como yo le ví, y no como le hallo en las cartas de nuestros cosmógrafos puesto, hasta el presente año de 1548; y diré las principales islas que hay en esta ensenada, la cual aunque está en el camino que este piloto navegó, no la vió ni entró en este *golfo de Orotiña* o de los *Güetares*, que el licenciado Espinosa y el piloto Juan de Castañeda llamaron *golfo de San Lúcar*—desde fuera—pero tampoco entraron en él. Y se sabe de presente que se pobló después de cristianos alguna parte de aquella gobernación por el capitán Francisco Hernández, teniente de Pedrarias. Y diré asimismo desde allí al Poniente la costa y sus alturas, según la carta moderna y nueva corrección de ella.

Y porque dije que desde las islas de San Lázaro navegó otras veinte leguas al Poniente el licenciado Espinosa y el piloto Juan de Castañeda, digo que desde aquellas *islas de San Lázaro* hasta el *puerto de la Herradura*, la costa abajo al Occidente, al Oeste cuarta del Noroeste, se ponen veinte leguas, y allí comienza la boca de este *golfo de Güetares*, que el Espinosa llamó San Lúcar, y se hace una ensenada de dieciocho o veinte leguas de longitud, que tiene en partes nueve de latitud, o más o menos, dentro del cual hay gentiles islas y muy fértiles y pobladas. Y de la otra parte de este golfo, frontero del *puerto de la Herradura*, está la *punta del Cabo Blanco*—y llámase así, porque es terreno blanco, y sin eso tiene un farallón cerca de la punta muy blan-

co—entre el cual y la Tierra-Firme o punta puede entrar sin peligro una carabela de ochenta o cien toneladas. Está el *puerto de la Herradura* en ocho grados de esta parte de la línea equinoccial, y el dicho *Cabo Blanco* está en siete grados y medio, según el cosmógrafo Alonso de Chávez o los que le informaron; y porque mejor se entienda este golfo, pongo aquí la figura de él, si lo supe entender todavía, so enmienda de quien más particularmente lo hubiere comprendido.

## v

Pues he pintado la figura del *golfo de Orotina* o de los *Güetares*, que comúnmente suelen llamar de *Nicaragua*, y en las cartas de navegar, o por no estar informados los cosmógrafos que las hacen, o por no haberlas visto ellos, no lo ponen tan puntualmente. Quiero pasar a lo demás que de este golfo estos descubridores no dijeron, y que yo ví, y es así: la *isla de Chira* puede bojar siete u ocho leguas, y es muy poblada y fértil: en la cual había, cuando Gil González por allá anduvo, más de quinientos hombres de guerra, sin viejos ni mujeres ni niños y de otras edades. Y la isla que nuestros españoles llaman *isla de Ciervos*, es la que los indios llaman *Cachoa*; pero en ésa y en las otras hay innumerables ciervos y puercos, y es menor, y está entre la de *Chira* y la de *Chara* en la banda del Norte, en la Tierra-Firme. En frente de la isla *Cachoa* está la gente y provincia de *Chorotega*, y a las espaldas, más al Norte y al Nordeste, están las sierras y gentes llamados *Güetares*. Entre la isla de *Cachoa* y la costa, hacia el Sur, está otra isleta que se dice *Yrra*, y más al este está otra que se dice *Urco*; y más al Oriente adelante otra isleta que se dice *Pocosi*, cerca de tierra, a la parte austral del golfo. Estas tres pequeñas islas están entre la Tierra-Firme y la *isla de Ciervos*, dicha *Cachoa*. De este golfo sube tres leguas la marea por el río *Çapandi*,<sup>8</sup> que está en la culata o fin de este golfo; y allí hay un *cacique*, que tiene el nombre del río, y se llama asimismo *Çapandi*; y a la par de él, al Noroeste, está otro *cacique* que se llama *Corobiái*.

<sup>8</sup> El río Tempisque

Los *Güetares* son mucha gente, y viven encima de las sierras del *puerto de la Herradura*, y se extienden por la costa de este golfo al Poniente de la banda del Norte hasta el confín de los *Chorotegas*. Al opósito, en la otra costa del mismo golfo, de la banda del Sur, el más cercano río de *Çapandi* es *Cange*, y en la del *cacique Niquia*, y en el de *Nicoya*—que todos son vecinos de este golfo—hay mucho *brasil*, de lo cual hallé yo algunos leños en la isla de Chara, con que las indias tiñen y dan color al algodón y a lo que quieren teñir. Y los españoles que allí se hallaron conmigo, por *brasil* lo juzgamos; pero el *cacique*, señor de la isla, llamado *Nari*, me dijo que eran árboles de una braza o poco más de alto, y llamábanlo *nanzi*;<sup>9</sup> de los cuales árboles hay muchos en tierra de *Nicoya* y en *Masaya* y en *Tezoatega* y en muchas partes de *Nicaragua*.

Hay en la isla de *Chira* muy buena loza o vidriado de cántaros y jarros y todo lo que se suele hacer de barro: la cual parece propio azabache en la tez y color negro; y es muy hermosa cosa de ver las vasijas de ello, y yo he traído desde allí algunas piezas gentiles de esta loza hasta esta ciudad de *Santo Domingo*.

La isla de *Chara* es la que los cristianos llaman *San Lúcar*, y allí y en la de *Chira* y esas otras de este golfo traen las indias unas bragas pintadas, que son un pedazo de algodón de muchas labores y colores, cogido en un hilo que se ciñen; y esta tela es tan ancha como dos palmos, y por detrás baja desde la cinta y métenla entre ambas piernas y pasa delante, y alcanza a cubrir el ombligo y ponerse debajo del mismo hilo o cinta, y así cubren todas sus partes vergonzosas; todo lo demás de las personas traen descubierto o desnudo. Los cabellos pártelos las mujeres por mitad de la cabeza derechamente por la crencha, desde media frente al colodrillo, y de la una mitad hacen un trenzado que viene a quedar encima sobre una oreja a un lado y de los otros medios cabellos. Y es gente muy bien dispuesta, así los hombres como las mujeres. Algunas veces acace que por algún inconveniente o necesidad

<sup>9</sup> El *nandte*, *Byrsonima crassifolia*

guardan aquel voto de Semíramis, que no quiso acabar de coger los cabellos, cuando se le rebeló Babilonia, hasta que la hubo sojuzgado y vuelto a su obediencia: y así estas indias, cuando alguna necesidad o servicio de su señor o marido les ocurre, primero provcen a aquello que a la gala de sus trenzados. Y así veía yo algunas de ellas con un trenzado hecho y otro suelto: y así Semíramis no se quiso acabar primero de concertar sus cabellos hasta restituir su ciudad a su obediencia.

Tornando a nuestra historia, estas mujeres que he dicho de este *golfo de Nicoya* y sus comarcas, y los hombres son gente bien dispuesta. Ellos traen cogidos los cabellos con una cinta de algodón, hechos todos los cabellos un trenzado deltrás, y es tan largo como un palmo o menos al colodrillo: otros los cogen para arriba y el trenzado sube derecho sobre la coronilla de la cabeza. El miembro generativo traen atado por el capullo, haciéndole entrar tanto adentro, que a algunos no se les parece de tal arma sino la atadura, que es unos hilos de algodón allí revueltos. Preguntándoles yo la causa por qué andan así, decían que por que aquello era su usanza, y era mejor traerlo así que no suelto, como los indios de la isla de *Chira* o como nuestros caballos.

En la isla de *Chara* ví una niña de hasta dos años que mataba, y llorando por su madre, que andaba entendiendo en su casa, decía *mama* muchas veces; y preguntando yo al cacique que qué decía, me dijo que llamaba a su madre. Estos indios de *Chara* son de otra lengua diversa, y entiéndense algo con la de *Cueva*, porque con la plática que tienen con los cristianos, la han aprendido. Bojará la isla de *Chara* en su circunferencia cuatro leguas.

En estas islas hay perlas, y yo las ví en las islas de *Chara* y *Chira* y *Pocosi*, y las saqué de algunas ostras que los indios nos traían para comer. La isla de *Pocosi* es pequeña, y puede bojar hasta una legua, y yo la he andado por su costa a la redonda. Es alta y muy singular puerto, y está un tiro de escopeta de la Tierra-Firme, o poco más, y tiene un pueblo pequeño de indios y es abundantísima de pesquerías. Hay en estas islas un pescado que

llaman los cristianos pie de burro, que son como unos ostiones muy grandes y muy gruesos, y también se hallan perlas en algunos de ellos. Afirman los hombres de la mar que es el más excelente pescado de todos: de las conchas de ellos hacen los indios cuentas para sus sartales y puñetes, que ellos llaman *chaquira*, muy gentil y colorado, que parecen corales y también morado y blanco, y cada color es perfecto en las cuentas que hacen de estas conchas del pie de burro y asaz duras, y son tan grandes estos pies de burro como la cabeza de un hombre, y de ahí para abajo algo menores.

Hay asimismo de aquellos nacarones en los cuales también se hallan perlas; y de las conchas de estos hacen palas para sus labores, y también hacen de ellos naheles o remos para sus canoas y balsas; pero en estas islas de *Chara* y *Pocosi* no tienen canoas, sino balsas de cuatro, cinco o seis maderos atados a los cabos y en medio a otros palos más delgados atravesados: y la ligadura es de tomizas de esparto de aquella tierra, que es como lo de Castilla o más largo, pero no tan recio; mas basta para esto y para atar y liar la paja en la cobertura de las casas o bohíos.

Hay junto con estas grandes pesquería y perlas de estas islas —en especial en la de *Pocosi*, en que yo me detuve algunos días, a causa de reparar allí una carabela que se nos iba a fondo— otra manera de trabajo que para mí fue cosa nueva y muy enojosa, de muchas chinches en los bohíos con alas: y no aparecen de día, ni había pocas de noche, y son más diligentes y prestas y enojosas que las de España, y pican más y son mayores que aladas grandes: y si se ensucian, lo cual hacen muy a menudo, o las matáis, rodandóos en la cama, se despachurran sobre la hamaca o sábana, y dejan una mancha tan grande como la uña de un dedo, y tan negra como tinta de escribir y muy peor, porque nunca sale de la ropa con jabón ni lejía hasta que sale todo el pedazo de la tela, tan grande como fue la mancha que hizo; pero no hieden. Y estas chinches en toda la provincia e islas de *Nicaragua* las hay.

Comen los indios en estas islas muchos venados y puercos,

que lo hay en grandísima cantidad, y maíz, y frijoles muchos y de diversas maneras, y muchos y buenos pescados, y también sapos: y yo les he hallado atados en las casas de los indios, y se los he visto comer asados, y ninguna cosa viva dejan de comer por sucia que sea. Tienen muchas frutas, en las cuales no me quiero aquí detener, porque cuando se dé noticia de las otras cosas de *Nicaragua* se dirá de ellas, en especial de aquella que llaman *paco*, que es cosa mucho de notar.

Los indios de *Nicoya* y *Orosí* son de la lengua de los *Chorotegas*, y traen horadados los bezos bajos, y puestos sendos huesos blancos redondos del tamaño de medio real o más, como lo traen los indios en la Nueva España. Son flecheros y valientes hombres, y llámanse cristianos desde que Gil González anduvo por allí; pero yo creo que hay pocos de ellos que lo sean. Son idólatras y tienen muchos ídolos de barro o de palo en unas casillas pequeñas y bajas que les hacen dentro del pueblo, allende de sus casas principales de oración, que llaman *teyopa* en lengua de los *Chorotegas*, y en la de *Nicaragua* *archilobo*.

Es tierra *Nicoya* de mucha miel y cera, y las abejas no pican, y son desarmadas y tan pequeñas como moscas de España, y negras. Hay avispas muy malas, pequeñas y que pican y dan muy gran dolor.

Todos los indios de *Nicoya*, en especial los príncipes y sus mujeres, traen pintados los brazos de aquella pintura negra que se hace con la sangre propia y carbón, cortando y dibujando primero con navajas de pedernal, y la divisa son tigres, que estos *Chorotegas* llaman *nambue*, y en lengua de *Nicaragua* se dice *teguata*, y en lengua de Cueva *ochi*.

## vii

Desde el *Cabo Blanco*, bajando la costa al Poniente, cerca de tierra, está una isla que se llama *Moya*, y está más al Occidente de *Cabo Blanco* veinte leguas; pero antes está el puerto que llaman de las *Velas*. Y desde el dicho *Cabo Blanco* adelante hasta el *puerto de la Posesión* hay cien leguas, poco más o menos, yendo en alta

mar al Poniente: y todo aquello se llama *golfo de Papagayo*, y no es impropio nombre, porque acaece que hablan allí los hombres llorando u orando, porque es mal paso de navegar. Está la isla de *Moya* en siete grados y medio de esta parte de la línea equinoccial; y está junto a la *punta de Catalina* otra isleta, y este punto está en ocho grados y un tercio dieciocho o veinte leguas de la isla de *Moya*. Desde la *punta de Catalina* hasta la *punta de Nicaragua* hay treinta leguas, y en la mitad del camino se hace cierta ensenada que llaman *golfo de Santiago*.<sup>10</sup> Esta *punta de Nicaragua* está en nueve grados y medio, y siempre desde el *Cabo Blanco*, poco a poco la costa abajo al Occidente, se va la costa enarcando y metiéndose hacia nuestro polo o Norte.

Desde la punta o promontorio de *Nicaragua* hasta el río de la *Posesión* hay diez leguas, el cual río, según las cartas modernas del cosmógrafo Alonso de Chaves, está a diez grados y medio. Este puerto tiene en la entrada de la boca del río una isla alta—y llana en lo alto de ella—que bojará un cuarto o algo más hasta media legua en redondo, así que hace el río dos bocas; y por la del Este pueden entrar navíos pequeños, y por la del Oeste entran las naves y mayores navíos.<sup>11</sup> Yo he estado dos días surto en este embocamiento, y se mataron muchos peces de los que llaman *roncadores*, porque roncán, y son bien armados de dientes y es buen pescado: llámase este *puerto y río de la Posesión*, porque allí hizo ciertos actos de posesión el piloto Andrés Niño en este descubrimiento. Pero midan él y Gil González como quisieren, esas sus seiscientas cincuenta leguas que dijeron que habían descubierto por la mar: que en muchas más de la mitad se engañaron, porque desde este *puerto de la Posesión* a *Panamá*, no hay sino trescientas leguas, según lo que se platica al presente, pocas más o menos, y yo le he navegado dos veces con pilotos diestros en aquella navegación.

<sup>10</sup> La punta Catalina es la península de Santa Elena; bahía de Santiago es la ensenada del Astillero, y la punta Nicaragua, el cabo Desolado o actual punta Masachapa

<sup>11</sup> El río de la Posesión es la actual bahía de Corinto, con la isla del Cardón dividiendo su entrada

Entre este río de la *Posesión* y la punta de *Nicaragua* susodicha, hay otro río que se dice de *Mesa*.<sup>12</sup> Verdad es que Andrés Niño bajó más al Poniente veinte leguas que hay hasta la *bahía de Fonseca*, el cual nombre le puso por echar cargo al presidente del *Consejo Real* de estas Indias, que a la sazón era don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Palencia—que después lo fue de Burgos—cuyo criado fue Gil González Dávila; y a una isla que está dentro de la bahía la llamó *Petronila*, por otra venidad que yo no digo, y que a aquel piloto lagotero se le antojó.<sup>13</sup> Querría yo que ya que estos descubridores no saben dar nombres apropiados al puerto o al río o al golfo o promontorio, que procurasen de saber de la gente natural de la tierra el nombre propio que tiene la cosa. La boca de esta *bahía de Fonseca* está en algo menos de once grados de esta parte de la equinoccial, según el cosmógrafo alegado; en lo cual, y en todo lo que es dicho de esta costa desde *Panamá*, yo creo que le fue hecha falsa relación. Y por tanto para que el Chaves y los otros cosmógrafos de César entiendan sus patrones y pinturas de sus cartas de navegar, si me quisiesen creer, diré lo que hallo en mis memoriales, que escribí, tomando por mí persona con el astrolabio las alturas en las partes que ahora diré, en tierra y sosegadamente, y muchas veces.

Está *Panamá* en ocho grados y medio: la isla de *Chira*, dentro del golfo de *Orotiña* o de *Nicaragua*, está a diez grados. Está la isla de *Chara*, que otros llaman *San Lúcar*, a nueve grados y treinta y ocho minutos, que son dos tercios de grado menos dos minutos. Está la isla de *Pocosi* más al Este dos leguas, y más metida al Sur en nueve grados y algo más de medio grado. Está la punta del *Cabo Blanco*, que es la boca del dicho golfo, a la parte austral, mas al Poniente, en siete grados y medio. Está la boca del dicho río y puerto de la *Posesión*, en trece grados de esta parte de la línea equinoccial indudablemente. Por manera que lo que Andrés Niño vió, y descubrió más adelante aquel piloto Juan de Castañeda, fue desde el golfo de *Orotiña* y *Cabo Blanco* hasta la *bahía de Fonseca*, que pueden ser ciento veinte leguas, poco

<sup>12</sup> Es el actual río Tamarindo que tiene sus fuentes en la mesa de El Tablón

<sup>13</sup> La isla Petronila, actualmente Meanguera

mas o menos, puesto que para descubrirlas se navegarían más; porque, como dice aquel proverbio vulgar, *‘el camino que no se sabe, más largo es al que nunca le vió.’*

Entre aquel río de la Posesión y la bahía de Fonseca está otro río, que se llama río de San Pedro.<sup>14</sup> La punta más occidental de la bahía de Fonseca se llama cabo Hermoso,<sup>15</sup> en el cual quiero hacer punto por ahora a la cosmografía de esta costa, hasta que tornemos a ella; porque me parece que es tiempo que volvamos al discurso de Gil González y Pedrarias Dávila en lo que sucedió de este descubrimiento y oro, cuando volvió a Panamá, que fue a los 25 de junio de 1523, donde se fundió aquel oro; y fue mucho menos el valor que el bulto de ello, porque la mayor parte era de muy hajos quilates, y harto sin ley, puro cobre.

Pero escapado Gil González de Castilla del Oro y de los impedimentos de Pedrarias, como está dicho, vínose a esta ciudad de Santo Domingo de esta nuestra isla Española, y tornó a armar aquí de nuevo y volvió con muy buena gente y navíos a la Tierra-Firme, más al Poniente, donde le pareció a él y al piloto Andrés Niño que podría responder al paraje de la gran laguna dulce que ellos pensaban que desaguaba o entraba en este mar del Norte. Y fueron a desembarcar al cabo y puerto que se dice Higueras; y púsole Gil González Puerto de Caballos.

### viii

Allí se les murió un caballo—y esto no era causa suficiente para mudar su nombre al puerto, que otros habían mucho tiempo antes descubierto—e hízolo enterrar secretamente, no por hacerle obsequias ni honrarle con sepultura, como Alejandro Magno a Bucefalo, su caballo—y otro caballo hizo asimismo enterrar Octaviano Augusto, emperador, y el Cid Ruy Díaz mandó a enterrar a Babieca, su caballo—pero hízolo Gil González, porque los indios no lo viesen ni supiesen que los caballos eran mortales, a los cuales mucho temen, porque allí no los habían

<sup>14</sup> El río Viejo de Aserradores

<sup>15</sup> El cabo Hermoso de los mapas antiguos corresponde hoy a la punta Cosiguina, situada en la entrada oriental del golfo de Fonseca.

visto nunca. Y a otro puerto más adelante llamó *Puerto de Honduras*, e hizo un asiento y pueblo, y llámole *San Gil de la Buena-Vista*, y dejó allí algunos españoles, y entróse con la mayor parte de la gente tierra adentro, y púsose diez o doce leguas de aquel puerto de San Gil, en la parte que le pareció más apropiada para su descubrimiento y conquista.

En el tiempo que Gil González vino a esta Isla y hacía su segunda armada en esta ciudad de *Santo Domingo*, súpolo Hernando Cortés, que estaba en la Nueva España, y proveyó dos armadas contra Gil González, porque no tomase aquel *puerto de Higue-ras*—que decían que era cosa rica—y envió la una por tierra con el capitán Pedro de Alvarado, y otra por mar con el capitán Cristóbal de Olit, hombres de guerra y experimentados capitanes. Y el Cristóbal de Olit fue con sus navíos a la isla de *Cuba*, y como allí tocó, luego se alzó contra Cortés, y dijo que no iba por él, sino por sí propio, y quería también un pedazo de la Tierra-Firme, que le pertenecía también, como a Cortés lo que tenía de ella. Y desde aquella isla atravesó a la costa de la Tierra-Firme, y salió en el *puerto de Higue-ras*, y púsose en la costa con su armada, cerca del otro *pueblo de San Gil*, donde estaba Gil González, y pobló allí. Y como tuvo noticia de Gil González Dávila y el Gil González de Cristóbal de Olit, por sus cartas y mensajeros se confederaron y quedaron muy amigos, para ayudarse y hacer el uno por el otro: y así se visitaban por letras, y al parecer tenían mucha conformidad, porque su fin de ellos era hacer sencillos sus enemigos y asegurarse de sus émulos; porque como tengo dicho, Gil González tenía por contrario a Pedrarias a las espaldas, y [éste] había enviado a poblar a *Nicaragua* a su teniente Francisco Hernández con otros capitanes y gentes. Y Cristóbal de Olit temíase de Hernando Cortés: que les bastaban competidores poderosos, sin que los dos contendiesen entre sí. No es ahora conveniente decir lo que Cortés hizo en esto, porque cuando se trate de esa gobernación de Honduras, se dirá.

Tomemos a Pedrarias, que como fue ido Gil González de Panamá, en tanto que él estuvo armando en esta ciudad de *San-*

to Domingo para volver a Tierra-Firme, codiciando Pedrarias juntar lo que Gil González había descubierto al Poniente de Panamá en la provincia de Nicaragua con lo que él tenía, envió una armada a ocuparla con su teniente general, el capitán Francisco Hernández, y con él a los capitanes Gabriel de Rojas y Francisco Campañón, y Hernando de Soto, y otros. Y estos fueron y poblaron en la provincia de Nagrando, a par de la gran laguna, donde ahora está la ciudad que llaman León—la cual fundó por su mal aquel teniente Francisco Hernández—y desde allí envió la tierra adentro al capitán Gabriel de Rojas con gente, y topó acaso con Gil González, donde estaba poblando, y Gil González le dijo que él no tenía que hacer en aquella tierra ni Pedrarias; que se tornase en buena hora a Francisco Hernández, y que por su persona del capitán Rojas allí tendría toda la parte que él quisiese; pero que como capitán de Pedrarias, a él ni a otro había de consentir que anduviesen por aquella tierra. Y con algunas buenas palabras de cortesía el capitán Rojas se fue, porque no tenía tanta gente que fuese parte para hacer otra cosa, y aun dijose que prometió de no tornar. Como Rojas llegó al capitán Francisco Hernández, y le dió noticias de Gil González, envió luego con más gente al capitán Hernando de Soto en busca de Gil González, el cual estaba en vela y sospechoso que el capitán Rojas y otros capitanes de Pedrarias tornarían sobre él. Él tuvo aviso de los indios de la tierra cómo el capitán Hernando de Soto y muchos cristianos iban: y sabido esto, madrugó y asaltóles, dando sobre ellos en el lugar donde estaban, de noche; y pelcaron los unos contra los otros, y en fin el capitán Soto y los que con él iban, fueron presos y desarmados y algunos muertos, y los despojó y quitó el oro hajo, que era harto lo que ya tenían. E desde a dos o tres días los soltó sobre cierto juramento y pleitesía y les hizo tornar su oro y armas, y se tornaron a su capitán o teniente Francisco Hernández.

Habida esta victoria contra el capitán Soto, se fue [Gil González] a donde estaba Cristóbal de Olit, su amigo, el cual lo prendió. Y porque ya esto de aquí en adelante sería fuera de la historia

de Nicaragua, y no quiero tratar sino del gobernador Pedrarias, vuelvo a él, y digo que como llegó al *puerto de Nombre de Dios* y no pudo alcanzar al Gil González, para detenerle y tomar el oro que trajo de *Nicaragua*, como queda susodicho, supo allí que el nuevo obispo de Tierra-Firme, llamado fray Vicente Peraza, de la Orden de Santo Domingo, sucesor al obispo fray Juan de Quevedo, había desembarcado en la ciudad de *Santa María de la Antigua del Darién*; y así para dar orden en que allí no parase, como para acabar de destruir y despoblar aquella ciudad, se embarcó y fue al *Darién*, a verse con el obispo, de las cuales vistas resultó lo que se dirá en el capítulo siguiente.

Tomado de  
**Historia General y Natural de las Indias**  
Libro XXIX



# Crónica de Francisco López de Gómara

sobre la expedición de Gil González

---

## Nicaragua

Del *cabo Blanco* a [golfo] *Chorotega* cuentan ciento treinta leguas de costa, que descubrió y anduvo Gil González de Avila, el año 1522. Están en aquel trecho el *golfo de Papagayos*, Nicaragua, la *Posesión* y la *bahía de Fonseca*; y antes de *Cabo Blanco* está el *golfo de Ortiña*; que también llaman de *Guetares*, el cual vió y no tocó Gaspar de Espinosa, y por eso decían él y Pedrarias que Gil González les había usurpado aquella tierra.

Armó pues Gil González en *Turarequi* [islas de Perlas, Panamá], cuatro carabelas, abasteciéndolas de pan, armas y mercería; metió algunos caballos y muchos indios y españoles, llevó por piloto a Andrés Niño, y partió de allí el 26 de enero del año antedicho. Costeó la tierra que digo, y aún algo más, buscando estrecho por allí que viniese a este otro mar del Norte, pues llevaba instrucción y mandato para ello del Consejo de Indias. Andaba entonces el pleito y negocio de la especiería caliente, y deseaban hallar por aquella parte paso para ir a las *Molucas*, sin choque de portugueses, y muchos decían al Rey que por allí había estrecho, según dichos de pilotos. Así que se dedicó a buscar con gran diligencia, hasta que se comieron las provisiones, y se le comieron los navíos de *broma*. Tomó posesión de aquella tierra por el rey de Castilla, en el río que llamó *de la Posesión*; y en honor del obispo de Burgos que le favorecía como presidente de Indias, la nombró *bahía de Fonseca*; y a una isla que allí dentro está, *Petronila*, por causa de su sobrina.

Del *puerto de San Vicente* salió a descubrir Andrés Niño, y Gil González entró tierra adentro con cien españoles y cuatro caballos, y tropezó con *Nicoian*, hombre rico y poderoso; le requirió con la paz, y fue bien recibido. Le predicó y lo convirtió;

y así el tal *Nicoian* se bautizó con toda su casa, y por su ejemplo se convirtieron y cristianizaron en diecisiete días casi todos sus vasallos. Dió *Nicoian* a Gil González catorce mil pesos de oro de trece quilates, y seis ídolos de lo mismo, no mayores que un palmo, diciendo que se los llevase, pues nunca más les había de hablar ni rogar como solía. Gil González le dió algunas cosillas de poco valor.

Se informó de la tierra y de un gran rey llamado *Nicaragua*, que estaba a cincuenta leguas, y se encaminó allí. Le envió una embajada, que sumariamente contenía que fuese su amigo, pues no iba por hacerle mal, sino servidor del Emperador, que era monarca del mundo, y cristiano, que mucho le interesaba, y si no, que le haría guerra. *Nicaragua*, comprendiendo la forma de ser de aquellos nuevos hombres, su resuelta petición, la fuerza de sus espadas y la bravura de los caballos, respondió por medio de cuatro caballeros de su corte que aceptaba la amistad por el bien de la paz, y aceptarían la fe si le parecía tan buena como se la elogiaban. Y así, acogió pacíficamente a los españoles en su pueblo y casa, y les dió veinticinco mil pesos de oro hajo, y mucha ropa y plumajes. Gil González le recompensó aquel presente con una camisa de lienzo, un sayo de seda, una gorra de grana, y otras cosas de rescate que le contentaron, y le predicó, en unión de un fraile de la Merced, la fe de Cristo, reprobando la idolatría, embriaguez, bailes, sodomía, sacrificio y el comer hombres, por lo cual se bautizó con toda su casa y corte, y con otras nueve mil personas de su reino, que fue una gran conversión, aunque algunos dijeron no estar bien hecha, pero les bastaba creer de corazón.

De cuantas cosas dijo Gil González, se alegraron *Nicaragua* y sus caballeros, excepto de dos, una de ellas que no hiciesen guerra, y otra que no bailasen emborrachados, pues mucho sentía dejar las armas y el placer. Dijeron que no perjudicaban a nadie con bailar ni sentir placer, y que no querían arrinconar sus banderas, sus arcos, sus cascos y penachos, ni dejar la guerra y las armas en manos de las mujeres, para hilar ellos, tejer

y cavar como mujeres y esclavos. No les replicó a esto Gil González, pues los vio alterados; mas hizo quitar del templo grande todos los ídolos, y poner una cruz. Hizo fuera del lugar un humilladero de ladrillos con gradas, salió en procesión, hincó allí una cruz con muchas lágrimas y música, la adoró subiendo de rodillas las gradas, y lo mismo hicieron *Nicaragua* y los demás españoles e indios, lo cual fue una devoción digna de ver.

### *Preguntas de Nicaragua*

*Nicaragua*, que era agudo, y sabio en sus ritos y antigüedades, tuvo grandes pláticas y discusiones con Gil González y los religiosos. Preguntó si tenían noticias los cristianos del gran diluvio que anegó la tierra, hombres y animales, y si habría de haber otro; si la tierra se habría de trastornar o caer el cielo; cuándo y cómo perderían su claridad y curso el sol, la luna y las estrellas; por qué eran tan grandes; quién las movía y tenía. Preguntó la causa de la oscuridad de las noches y del frío, tachando a la naturaleza, que no hacía siempre claro y calor; pues era mejor; qué honra y gracia se debían al Dios trino de los cristianos, que hizo los ciclos y el sol, a quien adoraban por Dios en aquellas tierras, el mar, la tierra, el hombre, que señorea en las aves que vuelan, peces que nadan y en todo el resto del mundo. Dónde habían de estar las almas, y que habrían de hacer una vez fuera del cuerpo, pues vivían tan poco, siendo inmortales. Preguntó asimismo si moría el santo padre de Roma, vicario de Cristo, Dios de cristianos; y como Jesús, siendo Dios, es hombre, y su madre, virgen pariendo; y si el emperador y rey de Castilla, de quien tantas proezas, virtudes y poderío contaban, era mortal; y para qué tan pocos hombres querían tanto oro como buscaban.

Gil González y todos los suyos estuvieron atentos y maravillados oyendo tales preguntas y palabras a un hombre medio desnudo, bárbaro y sin letras, y ciertamente fue un admirable razonamiento el de *Nicaragua*, y nunca indio alguno, a lo que alcanzó, habló como él a nuestros españoles. Le respondió Gil González como cristiano, y lo más filosóficamente que supo,

y le satisfizo a cuanto preguntó bastante bien. No pongo las razones, que sería fastidioso, pues todo aquel que sea cristiano las sabe y las puede considerar, y con la respuesta lo convirtió. *Nicaragua* que estuvo atentísimo al sermón y diálogo, pregunto al oído al *faraute* si aquella gente de España tan sutil y avisada venía del cielo, y si bajó en nubes o volando, y pidió en seguida el bautismo, consintiendo en derribar a los ídolos.

*Lo que hizo además Gil González en aquellas tierras*

Viendo Gil González que lo recibían cariñosamente, quiso calar los secretos y riquezas de la tierra, y ver si confinaban con lo que Cortés conquistaba, pues en muchas cosas los de allí semejaban a los de *Méjico*, según las noticias que de allí tenían. Así que fue y halló muchos lugares no muy grandes, mejores y bien poblados. No cabían en los caminos los muchos indios que salían a ver a los españoles, y se sorprendían de su traje y barbas, y de los caballos, animal nuevo para ellos. El principal de todos fue *Dirianguen*, cacique guerrero y valiente, que vino acompañado de quinientos hombres y veinte mujeres, todo en orden de guerra, aunque sin armas, y con diez banderas y cinco bocinas. Cuando llegó cerca, tañeron los músicos y desplegaron las banderas. Tocó la mano a Gil González, y lo mismo hicieron cada uno de los quinientos, ofreciéndoles sendos gallipavos, y muchos de ellos dos cada uno. Las veinte mujeres le dieron cada una veinte hachas de oro, que pesaban dieciocho pesos, y algunas más. Fue más vistoso que rico aquel presente, porque el oro no era más de catorce quilates, y aun menos. Emplean aquellas hachas en la guerra y edificios. Dijo *Dirianguen* que venía para ver a tan nueva y extraña gente, que tal fama tenía. Gil González se lo agradeció mucho, le dio algunas cosas de quincallería, y le rogó que se volviese cristiano. El dijo que le parecía bien, pidiendo tres días de plazo para consultarlo con sus mujeres y sacerdotes; y era para reunir gente y robar a los cristianos, despreciando su pequeño escuadrón, y diciendo que no eran más hombres que él.

Fue, pues, y volvió muy armado y orgulloso, aunque muy en silencio, y cayó sobre los nuestros armando un gran griterío de improviso, pensando espantarlos y destruirlos, y hasta comérselos. Gil González estaba bien preparado, habiendo sido avisado por sus corredores, que sintieron a los enemigos. Diriangen acometió y peleó animosamente durante casi todo un día. Volvióse a la noche por donde vino con pérdida de muchos de los suyos, teniendo a los barbudos por más que hombres, y comenzó a llamar a los amigos y comarcanos, despechado porque no venció.

Gil González dio muchas gracias al Señor de los ejércitos, que libró a tan pocos españoles de tantos indios. Y de miedo, o por conservar el oro que ya tenía, se desvió de aquel cacique, y se volvió al mar por otro camino; en el cual pasó grandes trabajos, hambre y peligro de morir ahogado o comido.

Caminó más de doscientas leguas andando de pueblo en pueblo. Bautizó treinta y dos mil personas, y obtuvo doscientos mil pesos de oro bajo, entre lo que le dieron y lo que cogió. Otros dicen que más, y algunos que menos. Sin embargo, fue mucha riqueza, cual nunca pensara él, y lo ensoberbeció.

Halló en *San Vicente* a Andrés Niño, que, según afirmaba, había navegado trescientas leguas de costa hacia poniente sin hallar estrecho, y se volvió a *Panamá*, y desde allí fue a *Santo Domingo* a dar cuenta de su viaje, y a concertar otras naos para volver a Nicaragua por Honduras, y saber en qué parte de aquella costa estaba el desagadero de la laguna. Mas ya se ha dicho cuándo y en qué fue, y cómo se perdió y le prendió Cristóbal de Olid.

### *Conquista y población de Nicaragua*

Volvieron tan contentos los españoles que fueron con Gil González, de la frescura, bondad y riqueza de aquella tierra de *Nicaragua*, que Pedrarias de Avila pospuso el descubrimiento del *Perú* en compañía de Pizarro y Almagro, por probarla; y así, envió allá con gente a Francisco Hernández, el cual conquistó mucha tierra, consiguió mucho dinero, y pobló a orillas de la

laguna a *Granada* y a *León*, donde está el obispado y la cancillería. También fundó otros lugares, pero éstos son los principales. El puerto y trato es en la *Posesión*. Supo Gil González esto en Honduras o en el *cabo de Higueras*, y fue contra Francisco Hernández. Le tomó algún oro y peleó con él tres veces,<sup>1</sup> mas al cabo se quedó el otro allí, y se volvió él a sus navíos, donde Cristóbal de Olid lo prendió.

Pedrarias, como lo removieron de *Castilla del Oro*, se fue a *Nicaragua*, que la sentía en gobernación, y degolló a Francisco Hernández, diciendo que trataba de alzársele con la tierra y gobierno, por tratos que traía con Fernando Cortés; pero fue pretexto que tomó.

Es cosa notable la *laguna de Nicaragua* por la grandeza, poblaciones e islas que tiene. Crece y mengua, y estando sólo a tres o cuatro leguas de aquel mar del Sur, vacía sus aguas en este otro del Norte, a cien leguas de él, por el sitio que llaman *Desaguadero*, según dije en otro lugar, por el cual Melchior Verdugo bajó de *Nicaragua* al *Nombre de Dios* en barcas.

Mientras que Gil González de Avila estuvo rescatando y convirtiendo en tierra de *Nicaragua*, según se ha dicho, recorrió el piloto Andrés Niño la costa hasta *Tecoantepec*, según contaba, buscando el estrecho, el año 1522.

Extracto de  
**Historia General de las Indias**



<sup>1</sup> No exactamente: Gil González peleó contra Hernando de Soto, enviado por Córdoba

# Crónica de Antonio de Herrera sobre la expedición de Gil González

Década Tercera, Libro Cuarto

---

## Capítulo V

*Que Gil González Dávila salió con su Armada  
y descubrió el Mar del Sur, con el Piloto Andrés Niño,  
y que se quedó en Nicaragua, y lo que pasó en aquella Tierra.*

Gil González Dávila había estado en la isla *Terarequi* del golfo de *San Miguel*, haciendo sus cuatro navíos: y al cabo de muchos trabajos y sudores, venciendo grandes dificultades, en que mostró mucha constancia de ánimo, los puso en perfección, y salió con ellos para su viaje a 21 de enero de este año, [1522] con el piloto Andrés Niño, llevando buen número de indios con pocos caballos, armas, vitualla y mercería. Y ya que tenía navegadas cien leguas por la costa al poniente, supo que el agua para beber estaba corrompida, y los navíos tocados de broma, convino sacarlos a tierra para aderezarlos y hacer vasijas con arcos de hierro y enviar a *Panamá* por pez y recado, y entretanto Gil González se metió en la tierra con cien hombres, dejando ordenado a Andrés Niño, que estando aderezados los navíos, se fuese la costa abajo, y que a ochenta leguas le aguardase, que lo mismo haría él si llegase primero.

Fue caminando por la tierra, aunque enfermó, y por las muchas aguas hubo de parar en casa de un *cacique* principal, que tenía su pueblo en una isla de diez leguas de largo y seis de ancho: y llovió tanto en quince días que se hundió la casa poco a poco, sin matar una lámpara, que tenía encendida delante de una imagen de Nuestra Señora, porque como no cayó de golpe, no hizo fuerza para que la lámpara se muriese. Con la lumbre salieron cortando la techumbre y se fueron a estar sobre los árboles, y con maderos hicieron sobrados, adonde estuvieron dos

o tres días, hasta que cesó el agua, teniendo fuego en que calentarse. Y porque diez leguas, que había hasta la mar, no había forma de caminarlas por tierra, hicieron balsas de muchos maderos juntos, atados con bejucos, en que fueron, aunque con mucho trabajo, y perdiendo muchas armas y vestidos.

Llegaron al *golfo de San Vicente*, adonde hallaron al piloto Andrés Niño, que acababa de llegar. Prosiguió su camino por tierra con sus cien hombres y cuatro caballos, y envió al piloto con los dos navíos a descubrir, dejando los otros dos en el mismo golfo. Y habiéndose topado con algunos caciques, y hallando en ellos voluntad de recibir la Santa Fe Católica, llegó a tierra del *cacique Nicoia*, hombre poderoso; requirióle con la paz y fue bien recibido. Declaróle la Fe, conforme a la instrucción real que llevaba. Convirtióse y bautizóse y en diez días, a ejemplo suyo, hicieron lo mismo todos sus vasallos, que eran más de seis mil. Dióle *Nicoia* catorce mil pesos de oro de trece quilates, y seis ídolos de lo mismo, del tamaño de un palmo, diciendo, que se los llevase, pues no había de tratar más con ellos.

Gil González le dió algunas cosillas de Castilla; y habiendo tenido noticia que estaba cincuenta leguas de allí un gran señor, llamado *Nicaragua*, fue a él, aunque algunos indios le aconsejaban que no lo hiciese, porque era muy poderoso. Envióle a decir que fuese su amigo, pues no iba a hacerle mal, sino para declararle la Fe de Jesucristo y rogarle que obedeciese al rey de Castilla, que era Monarca del Mundo, y si no, que le haría guerra, y que para ello saliese al campo, que otro día le aguardaría para pelear.

Y habiendo entendido *Nicaragua* la manera de aquellos nuevos hombres, la fuerza de sus espadas y la bravura de sus caballos, respondió con cuatro caballeros de su corte: que por el bien de la paz aceptaba su amistad y aceptaría la Fe si le pareciese buena; y admitió los castellanos y les dió veinticinco mil pesos de oro bajo y mucha ropa y plumajes: Gil González le dió una camisa de lienzo, un sayo de seda, una gorra de grana y otras cosas de Castilla, que le contentaron; y juntamente con

un clérigo que llevaba, le dió a entender la idolatría en que vivía y que por su salvación le convenía vivir en la fe de Jesucristo, apartándose de la borrachoz, gula, sodomía y sacrificio de hombres, y de comer carne humana; por lo cual admitió de buena gana la fe, con su casa y corte y nueve mil personas de su reino. En sólo dos cosas reparó *Nicaragua* y los caballeros de su corte, la primera, en su prohibición de hacer la guerra: la segunda, en dejar el bailar con la embriaguez, porque decían que en bailar no perjudicaban a nadie, y que no querían dejar sus banderas, sus armas y sus penachos y que tratasen las mujeres la guerra, y ponerse ellos a hilar, tejer, y cavar, como ellos y los esclavos.

Preguntó *Nicaragua* si los cristianos tenían noticia del Diluvio que anegó la Tierra, si había de haber otro y si la Tierra se habría de trastornar o caer el cielo; ¿cuándo y cómo perderían su claridad y curso el sol y la luna y las estrellas, qué tan grandes serán, quién las tenía y movía? Preguntó la causa de la oscuridad de las noches y del frío, tachando la naturaleza, que no hacía siempre claro y calor, pues era mejor. ¿Qué honra se debía al Dios de los Cristianos, que hizo los cielos y el sol, a quien adoraban por Dios en aquella Tierra, la Mar, la Tierra, el Hombre, que señorea las aves que vuelan y peces que nadan y todo lo del mundo? ¿Adonde tenían de estar las Almas y qué habían de hacer salidas del cuerpo, que vivían tan poco, siendo inmortales? Preguntó asimismo si moría el Santo Padre de Roma, Vicario de Cristo, Dios de los Cristianos. Si el Emperador rey de Castilla, de quien tanto decían, era mortal; y para qué tan pocos hombres querían tanto oro.

Los castellanos estuvieron espantados de oír tales preguntas de un hombre medio desnudo, bárbaro y sin letras: y jamás se halló que indio tal hablase con castellanos. Gil González que era discreto le respondió y satisfizo de manera que le contentó. Y *Nicaragua* que había estado atento, preguntó al intérprete al oído, si aquella tan avisada gente de Castilla venía del cielo, o si bajó con nubes, o volando; y pidió luego el bautismo, consintiendo derribar los ídolos.

Y pareciendo a Gil González, que él y sus caballeros estaban inclinados a las dos cosas sobredichas, no los quiso apretar más por entonces: y teniendo una cruz en un montón de tierra grande, con gradas, que había en la plaza del lugar, salió en procesión con muchas lágrimas y música; adoróla, subiendo de rodillas por las gradas, y lo mismo hicieron *Nicaragua* y todos los castellanos e indios con mucha devoción; y el mismo cacique llevó otra en sus manos, que puso en el templo en un monumento que le hicieron de mantas pintadas; y por esta orden convirtió a otros caciques.

*Capítulo VI*  
*Del descubrimiento que hiciera Gil González Dávila*  
*por Mar y por Tierra.*

Pareciendo a Gil González, que allí era recibido con amor, quiso entender los secretos de la tierra: y porque ya se tenía mucha noticia de Nueva España, pensó en saber hasta dónde alcanzaba lo que Hernando Cortés había pacificado. Anduvo por la tierra y halló muchos lugares, que aunque no grandes eran buenos y bien poblados. Salían infinitos indios a los caminos, maravillándose de ver las barbas y trajes de los castellanos y los caballos, animal tan nuevo para ellos. El principal que hallaron fue *Diriangen*, cacique guerrero, que fue acompañado de quinientos hombres y diecisiete mujeres cubiertas de patenas de oro, todos en ordenanza de guerra, aunque sin armas, con diez banderas y trompetas, a su modo: y cuando llegó cerca, desplegaron las banderas, tocó la mano a Gil González y lo mismo hicieron todos los quinientos, ofreciéndole un gallipavo cada uno y algunos le daban dos. Las mujeres le dieron cada una veinte hachas de oro, de catorce quilates que pesaban dieciocho pesos y algunas más.

Preguntóles, a qué iban y qué buscaban? Dijo el cacique: Que a ver quienes eran; porque les habían dicho que era gente con barbas y que andaban encima de animales. Gil González se lo agradeció; dióle cosillas de Castilla, rogóle que se hiciese cris-

tiano. Pidió tres días de término para comunicarlo con sus mujeres y sacerdotes, y supose que era para juntar gente y robar a los cristianos, menospreciando el poco número de ellos, y diciendo, que no eran más valientes que él.

Y habiendo ido un clérigo con el mejor caballo que tenían y dos compañeros a predicar a unos pueblos vecinos, sábado 17 de abril, con la mejor fiesta del mundo, dieron sobre los castellanos tres o cuatro mil indios, armados a su manera, de jubones basteados de algodón y armaduras de cabeza, rodela y espadas, arcos, flechas y dardos arrojadizos: pero quiso Dios, que siendo sentidos de un indio amigo, avisó a los castellanos, que luego salieron a la plaza. Allí acometieron los indios, pensando vencerlos y comerlos. Diéronse los unos a los otros buenos golpes por gran rato, y derribaron siete castellanos heridos, y se llevaban otro en peso, sin quererlo matar, y habiendo arremetido con los caballos y andando entre ellos, se pusieron en huída, dejando el que llevaban y mucha gente muerta, quedando en orden los castellanos, porque si los indios volvían, no los hallasen descuidados, y la demasiada confianza les hiciese daño; no lo hicieron, por recoger los muertos y heridos, porque usaban, no dejar ninguno en el campo: y en esto volvió el clérigo y los compañeros, sacando de cuidado, a los que pensaban, que los indios los habían muerto.

Pareció a todos que por ser pocos, andaban en gran peligro, y con la mejor orden que pudieron, se fueron retirando a la mar, y al pasar por el pueblo de *Nicaragua*, salieron a ellos grandísimo número de indios: quedaron de retaguardia dos caballos, cuatro arcabuceros y trece ballesteros, porque no había más tiradores en toda la compañía, ya pasando arroyos y caminando, dándoles mucho trabajo los indios que dejaban las cargas y se huían. Fueron peleando y caminando, hasta que llegó la noche, que pidieron paz, diciendo: Que *Nicaragua* no había hecho aquello, sino otro cacique su vecino. A media noche, aunque con trabajo, por los dolientes, y habiendo perdido mucha ropa y vitualla, comenzaron a caminar, y llegaron a *San Vicente*,

adonde hallaron a Andrés Niño, que había vuolto, dejando descubiertas trescientas cincuenta leguas: y habiendo caminado desde donde salieron, seiscientas cincuenta, hasta ponerse en diecisiete grados y medio.

Era aquel pueblo del *cacique Nicaragua* tres leguas la tierra adentro, en la costa de la *Mar del Sur*, y de la otra parte, junto a las casas del lugar está otra *Mar dulce*, que llamaron así porque crece y mengua, que es la *Laguna de Nicaragua*. Los indios no dieron relación adonde salía, pero los pilotos castellanos dijeron entonces que aquel agua salía a la *Mar del Norte*.

Pareció a Gil González que era bien volverse a *Panamá*, habiendo andado por tierra por la costa y algunas veces la tierra adentro doscientos veinticuatro leguas: dejó bautizadas treinta y dos mil doscientas setenticuatro ánimas. Llevó ciento doce mil quinientos veinticuatro pesos de oro bajo, ciento cuarenticinco pesos de perlas. Costeó la tierra desde *Cabo Blanco* hasta *Chorotega*. Reconoció el *golfo de Papagayos*, *Nicaragua*, la *Posesión*, la *bahía de Fonseca*. Iba con cuidado de buscar por allí estrecho, para pasar al *Mar del Norte*, porque muchos pilotos afirmaban que la había, para poder hacer la navegación más breve a las *islas de la Especiería*, sin ir por el camino de los portugueses. Dió nombre a la *bahía de Fonseca*, por memoria del obispo de Burgos, y a una isla, que está dentro de ella, llamó *Petronila* por una sobrina suya. Dijeron los castellanos grandes cosas de aquella tierra, por lo cual Pedrarias Dávila, desde entonces trató de enviar a poblar a Nicaragua.

Tomado de  
**Historia General de los Hechos de los Castellanos**

